

Roma y las academias internacionales

JORGE GARCÍA SÁNCHEZ*



EL ORIGEN DE LOS INSTITUTOS DE ROMA: DEL IMPERIALISMO EUROPEO AL NACIONALISMO CIENTÍFICO

En un discurso impartido en el simbólico año de 1945 por el académico Charles Picard en el Institut de France, recalca cómo la actividad intelectual se acompaña al ritmo de las vicisitudes de la política y de las guerras, una ardua realidad que normalmente relegaba a los vencidos, pero que en lo que afectaba a Francia, ésta había sabido siempre mantener los estudios humanísticos y arqueológicos de sus misiones en el extranjero, vis-à-vis con su rival alemana, incluso tras el desastre de 1870.¹ Insertada en un contexto

* EEHAR – CSIC.

¹ C. Picard: Les recherches d'archéologie antique à l'Académie des Inscriptions (1795-1945), *Institut de France. Séance annuelle des cinq académies du jeudi 25 octobre 1945. Discours de M. Charles Picard délégué de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, Paris, 1945, pp. 26 y 27.

menos general, y directamente conectada con el nacimiento de una institución académica en Roma, recordaré las palabras de 1912 del profesor oxoniense Henry Pelham, propulsor de la British School at Rome (BSR): «We had before us an intensely interesting field of operations in classical Rome, to say nothing of medieval Rome, and it was of the utmost importance that we should have young and trained experts on the spot. The Germans had been foremost in the field, and it was of the utmost importance that England should not be altogether unrepresented».² Me interesa entresacar dos ideas de estas alusiones axiomáticas: la referencia a una potencia enemiga como espejo en que se refleja la propia carrera científica, y el manejo de la misma en un programa de prestigio y de superación extranacional, empuñada junto a las armas. Ambos conceptos cimentaron la plataforma inicial que sustentaría la aparición de algunas de las instituciones orientadas a la investigación histórica de mayor importancia en la capital italiana; y las fechas de esas «fuerzas telúricas» que cambiaron el mundo, citadas por Picard, en especial la de 1870, actuaron de potentes detonadores en su concepción. Por consiguiente, este fenómeno es fundamentalmente de raíz decimonónica, e intrínseco a filosofías y actuaciones políticas divergentes a las que motivaron a los estados europeos a fundar las primeras entidades culturales extranjeras que vio florecer la Urbe en las dos centurias previas: las academias de Bellas Artes —en 1666 nació la francesa—, ligadas a una lógica pedagógica patrocinada desde las monarquías ilustradas, la de la formación teórica y práctica de su juventud en la cuna de las artes clásicas, con la civilización grecorromana elevada a un modelo ideal capaz de dictar un único pensamiento estético a todas las cortes de Europa, argumento en el que no me detengo.³

La guerra franco-prusiana transformó radicalmente el panorama de la investigación arqueológica con base en Roma, sustentada hasta entonces en una utopía humanística que duraba ya 40 años, y que se ha definido el ancestro de las posteriores escuelas extranjeras, si bien es en su desintegración donde tenemos que hallar dicho germen: el Instituto di Corrispondenza Archeologica. En el primer número de sus *Annali*, el cual señala igualmente el de su origen, en 1829, Odoardo Gerhard⁴ asentó los principios que guiaban los pasos del Instituto, a saber, el progreso de la ciencia anticuaria (aunque únicamente en relación con la civilización grecorromana, dejando aparte el mundo oriental) a partir de la colaboración supranacional y el intercambio de ideas, como único camino para abordar la Antigüedad desde un punto de vista global y plurinacional (dejando atrás el individualismo del sabio y el enfoque regionalista de instituciones como

² T. P. Wiseman: *A short History of the British School at Rome*, Londres, 1990, p. 1.

³ En general, sobre el fenómeno academicista en Italia véase C. Nicosia: *Arte e accademia nell'Ottocento: evoluzione e crisi della didattica artistica*, Bolonia, c. 2000. Para el caso español en Roma M. del Barrio: *Las relaciones culturales entre España e Italia en el siglo XIX. La Academia de Bellas Artes*, Bolonia, 1966. Sobre el ejemplo particular de la Academia francesa, H. Lapauze: *Historie de l'Académie de France a Rome*, París, 1924 (dos volúmenes).

⁴ Sobre este arqueólogo alemán, S. Caranti Matignano: *Un aspetto della archeologia ottocentesca. Pelagio Palagi ed Eduardo Gerhard*, Bolonia-Imola, 1995.

las academias Herculanense de Nápoles, Etrusca de Cortona o Pontificia de Roma); así se recogerían investigaciones por medio de una serie de corresponsales acerca de los nuevos descubrimientos y de los vestigios dispersos por los estados italianos y europeos, conformando una recopilación crítica, científica en términos de la moderna arqueología, definida como «lo studio dei monumenti dell'arte antica, come sotto quello di filologia lo studio dell'antica letteratura».⁵ Esta asociación de aficionados a la arqueología surgía bajo la protección del príncipe heredero Federico Guillermo de Prusia y la presidencia del embajador francés en Nápoles, el duque de Blacas; en sus filas se contaban artistas, profesores, eruditos, anticuarios, diletantes y diplomáticos predominantemente germanos, franceses e italianos.⁶ Un solo español aparece registrado entre sus componentes, Dámaso Puertas,⁷ médico personal del XIV duque de Alba, apasionado numismático y coleccionista, cuyas investigaciones y proximidad a los grandes nombres del anticuariado italiano (Sestini, Avellino, Landolina) le habían franqueado ya las puertas de la Accademia Romana di Archeologia y la napolitana Accademia Ercolanense di Archeologia.⁸ Treinta años después sin embargo colaboraban en el boletín del Instituto una veintena de corresponsales procedentes de una docena de ciudades españolas, entre ellos el alicantino Aureliano Ibarra y Manzoni, arqueólogo y académico correspondiente de la RAH, el arabista e historiador Juan Facundo Riaño, el viajero y comprometido defensor del patrimonio monumental valenciano Vicente Boix, el arquitecto de las academias de Bellas Artes de San Fernando y de la Historia Demetrio de los Ríos, etc.⁹ Salto cuantitativo, pero asimismo evidencia del avance cualitativo en el transcurso del siglo de la sistematización de un pensamiento arqueológico, así como patrimonial y cultural (prueba de ello es la proliferación de sociedades oficiales y privadas de carácter arqueológico a mediados del XIX por toda la geografía peninsular, comprometidas en su enseñanza y difusión, que ejemplificamos

⁵ O. Gerhard: Osservazioni preliminari. *Annali dell' Instituto di Corrispondenza Archeologica*, Roma, 1829, tomo I, fascicolo I, pp. 3-8.

⁶ Podemos citar a los británicos William Gell y Lord Burghes; a los franceses vizconde de Chateaubriand y L.-Ch.-F. Petit-Radel; a los italianos Carlo Fea, Antonio Nibby y Luigi Canina; al danés Thorwaldsen; a los alemanes Ch. K. J. F. Bunsen, J. I. Hittorf y por supuesto Gerhard, entre otros. Sobre la composición y fundación del Instituto, G. Carettoni: Dall' Instituto di Corrispondenza Archeologica all' Associazione Internazionale di Archeologia Classica, en AA. VV., *L' Instituto di Corrispondenza Archeologica*, Roma, 1980, pp. 12-13.

⁷ Aparece citado entre los miembros honorarios en *Annali dell' Instituto di Corrispondenza Archeologica*, Roma, 1829, tomo I, fascicolo I, p. VII.

⁸ G. Mora: Coleccionistas españoles en Italia a comienzos del siglo XIX. El monetario de Dámaso Puertas, médico del XIV duque de Alba, en J. Beltrán, B. Cacciotti y B. Palma: *Arqueología, Coleccionismo y Antigüedad. España e Italia en el siglo XIX*, Sevilla, 2006, pp. 435-457.

⁹ Véanse por ejemplo los listados del *Bullettino dell' Instituto di Corrispondenza Archeologica per l' anno 1858*, Roma, 1858, p. 7 y ss., 1863, pp. 8 y 9, 1872-1873, p. 8. Acerca de estos personajes, M. Díaz-Andreu, G. Mora, J. Cortadella: *Diccionario histórico de la Arqueología en España (siglos XV-XX)*, Madrid, 2009, respectivamente pp. 341 y 342, 559 y 560, 135, 560 y 561.

Fig. 11. Primera sede del Instituto Arqueológico Germánico en el Campidoglio, 1835-1876.



con la Academia Española de Arqueología¹⁰), sumado a una clara voluntad de aperturismo.¹¹

Una de las secuelas de la entrada en París de las tropas de Guillermo I, vencedoras en Sedán, fue la mutación del Instituto di Corrispondenza Archeologica en una institución exclusivamente prusiana (1871), e inmediatamente en el Imperial Instituto Arqueológico Germánico (1874, DAI), tutelado desde la academia berlinesa, con su sede histórica en el monte Capitolino, alejando a sus socios no alemanes¹² (fig. 11); es decir, su conversión en un

¹⁰ G. Mora: La arqueología en las sociedades científicas madrileñas del siglo XIX. Enseñanza y difusión de una disciplina, en *III Congreso de Arqueología Peninsular. Historia, Teoría e Práctica*, Oporto, 2000, vol. I, pp. 261-272.

¹¹ Aperturismo que culmina un proceso comenzado con la inserción de nuestros pensionados de Bellas Artes en los círculos ilustrados de Roma, o con las tímidas conexiones establecidas por las academias hispanas de corte artístico y arqueológico con entidades europeas en el primer tercio del siglo XIX, como las de la RAH con las sociedades de anticuarios de Francia, de Normandía o de Copenhague. J. García: La Real Academia de San Fernando y la arqueología, *Academia*, 106-107, 2008, pp. 12-20; J. Maier: Las antigüedades en la España de Fernando VII: de la anticuaría a la arqueología (1814-1833), *Revista de Historiografía*, 5, III, 02/2006, pp. 102 y 106.

¹² H.-G. Kolbe: La trasformazione dell' Instituto di Corrispondenza Archeologica in Istituto Archeologico Germanico, in G. Carrettoni, H.-G. Kolbe, M. Pavan, 1980, pp. 17-20.

órgano de dependencia y financiación centralizados, expresión de las aspiraciones científicas de un potente estado, y por lo tanto, en modelo de los que vendrían a continuación. Interpretaciones posteriores de esta apropiación destacarían como aspecto positivo la salvación de la entera arqueología en suelo italiano de la época, con un Reino Unido desinteresado en la investigación fuera de sus territorios, una Italia que reorganizaba sus universidades apenas lograda su unificación y una Francia derrotada;¹³ derrotada, pero no privada de respuesta, según veremos adelante. La idea, sin embargo, no resultaba innovadora: la Francia del Segundo Imperio, consciente de su cada vez menor participación en el Instituto original, así como del progresivo acercamiento cultural germano-italiano (reforzado incluso gracias a la redacción del *CIL*), había proyectado dar el mismo paso una década atrás, fundando un centro epigráfico y arqueológico en los jardines farnesianos, en paralelo a las excavaciones emprendidas en el monte Palatino por cuenta de Napoleón III.¹⁴ El plan había permanecido irrealizado, pero el clima revanchista actual espolcaba al Gobierno republicano a reavivarlo, a devolver al país su preeminencia en los estudios humanísticos. En los 70 el espíritu antigermánico imbuía a los eruditos franceses y las colaboraciones profesionales que duraban desde hacía décadas sólo podían quebrarse: en el caso de Theodor Mommsen, muchos de sus interlocutores reprocharon su propagandismo nacionalista durante el conflicto y suspendieron sus relaciones definitivamente con él, o no las retomaron hasta al cabo de los años; su *Historia de Roma* pasó a leerse en clave política, sus conclusiones se aceptaron con reservas o incluso se rechazó su valor científico.¹⁵

Así, la fundación en noviembre de 1875 de l'École Française de Rome (EFR), en principio pensada como lugar de paso intermedio para alcanzar su homóloga sede ateniense, pero inmediatamente dotada de su propia personalidad científica,¹⁶ contenía elementos del revisionismo y la autocrítica generalizados en la sociedad francesa (actitud que inevitablemente trae a la memoria la reacción española en el desastre del 98), de renovación de las instituciones culturales y educativas, de desarrollo de los estudios sobre el clasicismo, pero también nacía determinada por la necesidad de resarcimiento de una nación herida, por ese antigermanismo que exigía la reconstrucción

¹³ E. Sellers Strong: Istituti Stranieri in Roma, *Annales institutorum quae provehendis humanioribus disciplinis artibusque colendis a variis in urbe erecta sunt nationibus*, I, 1928-1929, pp. 27 y 28.

¹⁴ M. A. Tomei: *Scavi francesi sul Palatino. Le indagini di Pietro Rosa per Napoleone III (1861-1870)*, Roma, 1999, p. XX; È. Gran-Aymerich: L'histoire des sciences de l'Antiquité et les correspondances savantes: transferts culturels et mise en place des institutions (1797-1873), *Anabases*, 3, 2006, p. 245.

¹⁵ J. Von Ungern Sternberg: Mommsen en Francia. Traducciones y recensiones, *Revista de Historiografía*, 6, IV, 01/2007, p. 112; È. Gran-Aymerich: Theodor Mommsen (1817-1903) et ses correspondants français: la «fabrique» internationale de la science, *Journal des Savants*, janvier-juin 2008, p. 192 y ss.

¹⁶ Acerca de las condiciones de acceso a la institución, L. Carolus-Barré: La Scuola Francese, *Studi Romani*, III, 5, 1955.2, pp. 608 y 609; R. Muller: Les chemins qui mènent à Rome. Entrer à l'École française entre 1876 et 1914, *Mélanges de l'École française de Rome. Italie et Méditerranée*, 120/1, 2008, p. 259 y ss.

de las redes eruditas creadas en Italia.¹⁷ Así lo expresaba Albert Dumont, futuro director de las escuelas de Roma y Atenas, en la redacción del memorial donde se manifestaban los objetivos de l'EFR : «Nous pouvons faire aussi bien que l'Allemagne; nous pouvons faire mieux si nous le voulions», e incluso apuntaba vital «...arrêter en Italie et en Grèce l'invasion de la science allemande, si active, si dédaigneuse, si ignorante des qualités que nous pouvons opposer aux siennes».¹⁸ Idénticos mecanismos en los que poco contaba la arqueología u otras disciplinas, por cierto, a los puestos en juego en la fundación de l'École d'Athènes en 1846, no obstante a que entonces se replicaba a la oposición británica creciente influencia francesa en el Mediterráneo, en Argelia (1830), Egipto (1840), Marruecos (1844) y Túnez (1846). El espejo en el que se miraba la monarquía de Louis Philippe en esta ocasión lo sostenía la reina Victoria.

En estos dos primeros centros extranjeros de la ciudad del Tíber, en especial en el modelo alemán, se fijó la atención de Francisco María Tubino (político, periodista, académico de San Fernando y cofundador con Juan de Dios de la Rada y Delgado de la *Revista de Bellas Artes, histórico-arqueológica*¹⁹) cuando en la década de los 70 el Ministerio de Estado se propuso fundar una Academia de Bellas Artes en la Urbe, que sometiera a la autoridad estatal una situación que se producía ya de facto, con tradición secular, la formación de artistas hispanos en Roma. Desde la tribuna periodística, Tubino juzgó que la naciente institución tendría que imitar el carácter del Instituto del Kaiserreich, y aunar junto al estudio teórico y técnico de las artes el desarrollo de las ciencias históricas y arqueológicas, de manera que las investigaciones de sus becarios, debidamente publicitadas a través de un boletín, repercutiesen en los círculos científicos sea españoles que italianos: «La verdad es, que la mal llamada Academia, debería transformarse en un *Instituto artístico-arqueológico español*, que contribuyera á empujar la cultura patria hacia los horizontes con que le brindan pasadas glorias, elementos y necesidades actuales y honrosas aspiraciones y anhelos para lo porvenir (...) Puesto que hay medios para ello, organicemos en Roma una Escuela española, donde lo mismo la arqueología, que la diplomática y el arte sean cultivados».²⁰

El ánimo que guió la institución de la actual Real Academia Española en Roma (con decreto fundacional de 1873 y con sede fija en 1881) no dejó de acogerse a los principios academicistas que se detectan ya en esta clase de establecimientos en el siglo XVIII, ni rebasó ese estadio de indefinición de las actividades anticuario-arqueológicas, reservadas en esta época a los archi-

¹⁷ Léase el apartado *L'École française au service de la Revanche?* en G. Ferragu: *L'École française de Rome, une annexe de l'ambassade?*, *La culture dans les relations internationales, Mélanges de l'École Française de Rome. Italie et Méditerranée*, 114, 2002-1, pp. 76-80.

¹⁸ É. Gran-Aymerich: *Naissance de l'Archéologie moderne 1798-1945*, París, c. 1998, p. 209. Sobre Dumont, P. Amandry: *Albert Dumont, Directeur des écoles de Rome et d'Athènes*, *Bulletin de Correspondance Hellénique*, 100-1, 1976, pp. 1-5.

¹⁹ Sobre esta interesante figura, M. Revuelta Tubino: *Un académico olvidado: Francisco María Tubino, a los cien años de su muerte*, *Academia*, 68, 1989, pp. 59-101.

²⁰ F. M. Tubino: *La Academia Española de Bellas Artes en Roma. II, La Academia. Revista de la cultura hispano-portuguesa, latino-americana*, tomo I, 11-2-1877, p. 84.

tectos,²¹ ni adoptó en sus normativas nuevas categorías de investigación científico-humanísticas, perfectamente compartimentadas casi 40 años más tarde en la instauración de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma (EEHAR). El pensamiento con que ésta fecundó, acorde a los esquemas de la JAE y del Centro de Estudios Históricos,²² y los trabajos que se desempeñaron en ella a lo largo de su fase inicial en el siglo pasado, la aproxima en parte, aunque cronológicamente con cierto retraso, al bloque de institutos aparecidos a raíz de un acontecimiento de una expresiva trascendencia, sucedido en el pontificado de León XIII: la apertura en 1880 del Archivo Segreto Vaticano (ASV) a la libre investigación, lo cual atrajo a Italia a estudiosos provenientes de todo el mundo, enardecidos por lo que se ha comparado a una especie de fiebre del oro, feliz parangón si se considera la vastedad y fertilidad documental conservada en los fondos del archivo, un archivo vetado, custodio de milenarias fuentes del saber.

Tal depósito cognitivo no podía ser abordado desde la individualidad. Su documentación incumbía al organigrama político y a la diplomacia pontificia, a la historia de los pueblos, a sus creencias, fidelidades y disconformidades con la Iglesia, y en todo caso, con ésta situada en motor de la producción intelectual; lo que es más, suponía un circuito de alimentación ideológica de las nacionalidades e identidades territoriales abrazadas en superestructuras imperiales, como el Imperio Austro-Húngaro. Ya que este patrimonio afectaba y pertenecía a cada país, su expolio había de sistematizarse a un nivel gubernativo: inmediatamente, en 1881, el emperador Francisco José I autorizó la articulación de un Istituto Storico Austriaco, cuyos estatutos especificaban su dedicación a dos campos de la investigación en el ASV, la historia de la dinastía Habsburgo y la elaboración de un *Corpus Iuris Canonici*.²³ En 1886, tutelada por aquél, la Academia de Ciencias y Letras de Cracovia confió al patriota Franciszek Smolka la dirección de la *Expeditio Romana*, que con tanta pasión se sumergió en examinar los fondos medievales y modernos de interés nacional, previo paso a la institución definitiva de la Accademia Polacca en 1921.²⁴ A partir de 1888, y próximo al DAI, inició sus trabajos en el *Repertorium Germanicum* y en la recopilación de la correspondencia diplomática de los nuncios en Alemania el Istituto Storico Germanico, el cual en breve se dotaría de una revista de difusión abierta a estudiosos italianos y extranjeros.²⁵ Con el objetivo de publicar ediciones críticas de documentos localizados en el ASV y en otros archivos y bibliotecas, referentes a la historia cultural, eclesiástica y diplomática del propio país, a aquéllos pronto les si-

²¹ Véase P. Pinon: Les architectes et l'archéologie, *Préfaces*, 3, 1987, pp. 72-76.

²² T. Tortosa: La Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, en M. A. Puig-Samper Mulero (ed. científico): *Tiempos de investigación. JAE-CSIC, cien años de ciencia en España*, Madrid, 2007, p. 175.

²³ K. Rudolf: L'Istituto Storico Austriaco, en *Speculum Mundi. Roma centro internazionale di ricerche umanistiche. Unione internazionale degli istituti di archeologia, storia e storia dell'arte in Roma*, Roma, 1992, pp. 353-354.

²⁴ B. Bilinski: *Biblioteca e Centro di Studi a Roma dell'Accademia Polacca delle Scienze nel 50.º anniversario della fondazione 1927-1977*, Roma, 1977, p. 39 y ss.

²⁵ *Deutsches Historisches Institut Rom 1888-1988*, Roma, c.1988, p. 59 y ss.

guieron el Istituto Ungherese (1882), el Istituto Storico Belga (1902) o el Istituto Storico Olandese (1904).²⁶ España había encabezado impulsos similares incluso a mediados del siglo XVIII, cuando Alfonso Clemente de Aróstegui presentó un fallido proyecto de creación de una Academia de Historia Eclesiástica de España en Roma, con esos mismos objetivos planteados por las fundaciones decimonónicas, y la funcionalidad de ocupar a los numerosos eclesiásticos hispanos que se mantenían ociosos en la Urbe a la espera de obtener prebendas.²⁷ A partir de 1890, el embajador español ante la Santa Sede, el marqués de Pidal, informaba de las iniciativas institucionales emprendidas por los gobiernos prusiano, austriaco, húngaro, belga, holandés, danés, ruso y suizo, sin mencionar los centros históricos de Roma, y proponía el nombramiento de un individuo del Cuerpo facultativo de Archiveros-Bibliotecarios a fin de que desempeñara lo que en otros países realizaban centros de investigación, en pro de desvelar el tesoro documental concerniente a la historia hispana conservado en el Archivo Vaticano. Fruto de los trabajos de Ricardo de Hinojosa y Naveros en el ASV (así como en otras bibliotecas y archivos como la Casanatense, la Alejandrina, la Angélica, la Barberini, los archivos de Estado de Parma y Roma, y la Ambrosiana de Milán) fue la publicación del volumen *Los despachos de la diplomacia pontificia en España* (1896), una guía relativa a la documentación de las nunciaturas españolas preservada en los mencionados organismos.²⁸ Siempre en solitario, siempre en disonancia con el resto de los países, hacia 1903-1904 a Hinojosa lo siguió en estas indagaciones el hombre clave de la EEHAR, José Pijoan, de cuyo viaje italiano extrajo una lección aprendida por los gobiernos de Europa: la urgencia ineludible de abrir un instituto de estudios históricos en la Ciudad Eterna.²⁹

La Escuela de 1910 brotó con el ribete «de Arqueología», acompañando a sus vertientes histórica y archivística, que luego predominaron sobre aquella. En el apartado III se explicará cómo las condiciones institucionales y doctrinales en Italia habían madurado a favor de la regeneración de una florecida arqueología romana, exultante en el escaparate de la *Exposición Internacional de 1911*, que conmemoró el 50.º aniversario de la unidad del país en un solo reino.³⁰ A escala mundial, a medida que progresaba su expansión co-

²⁶ Una visión general de éstas y las demás instituciones extranjeras de la Urbe aparece M. Casalini, *Le istituzioni culturali di Roma. Monografia edita sotto l'alto patronato del Governatorato di Roma*, Roma-Milán, 1935, pp. 142-156.

²⁷ E. Pacheco y de Leyva: Breves noticias sobre los principales archivos de Italia é institutos históricos extranjeros establecidos en ella, con algunas inéditas acerca de la Academia Española de Historia Eclesiástica del siglo XVIII y de la Escuela de Arqueología e Historia actual. I, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LVIII, enero de 1916, p. 75 y ss.

²⁸ J. Pérez de Guzmán y Gallo: Los archivos secretos del Vaticano, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LVI, cuaderno III, marzo de 1910, pp. 179-183.

²⁹ E. Jordi: *Tres diguem-ne desarrelats. Pijoan-Ors-Gaziel*, Barcelona, 1966, p. 37; M. Espadas Burgos: *La Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma. Un Guadiana junto al Tíber*, Madrid, 2000, p. 46.

³⁰ El Cincuentenario, celebrado en Roma, Turín y Roma, se componía de una serie de secciones expositivas: la muestra Etnográfica y Regional, la de arte italiano y extranjero de Valle Giulia, una retrospectiva de arte medieval, renacentista y neoclásico, una exposición arqueoló-

lonial, la ciencia italiana se congratulaba de haber conquistado el puesto que merecía entre las grandes potencias con sus misiones en Creta, la Grecia continental, Libia o Eritrea.³¹ En la Ciudad Eterna existían precedentemente importantes institutos arqueológicos; no sólo el DAI y l'EFR se volcaban en los análisis arqueológicos, sino también la BSR (1900) y la American Academy in Rome (AAR)³² —sus estatutos se valoraron al crear la EEHAR, producto de la unión en 1913 de la American School of Classical Studies (1895) y la American Academy (1894), cuya planificación programática prescribía la educación histórica y arqueológica de sus becarios (con estudios, aparte de la filología y el arte clásicos, de los periodos cristiano, medieval y moderno, del arte italiano, etc.).³³ Antes del paréntesis de la Gran Guerra, pero sobre todo a su conclusión, otros centros se unieron a la comunidad internacional reunida en la capital italiana, adoptando los modelos de los anteriores, y de los preexistentes, algunos diversificaron sus actividades (el Istituto Storico Olandese incorporó secciones de arqueología en 1925 y de arte en 1933); el Istituto Storico Cecoslovacco (1921), aun inclinado al estudio de los registros de la nunciatura de la Corte imperial, manifestaba ya concentrar sus esfuerzos en una amplia variedad de disciplinas del saber,³⁴ mientras que la Academia de Rumanía (1922) se estableció con sendos departamentos, artístico e histórico. Puramente arqueológico, el Istituto Svedese se constituía en 1925 orientado hacia los estudios clásicos, directriz decretada por su principal valedor, el príncipe Gustavo Adolfo, hombre de cultura singular, coleccionista y con experiencia en excavaciones (había dirigido las de Chipre y la Argólida); por su lado, el Institutum Romanum Finlandiae (1938) afloró en apoyo de las investigaciones arqueológicas, filológicas y artísticas de los investigadores daneses que viajaran a Italia.³⁵ Sin embargo, las posibilidades reales de efectuar las labores con que se proyectaron estos organismos, y las interacciones mantenidas entre los mismos, sufrieron los condicionantes tanto de la tensión política contemporánea como de la autoridad ejercida por los poderes públicos italianos, partícipes de aquella.

gica, realizada en las Termas de Diocleciano, una de arquitectura y una dedicada al *Risorgimento*. Ver A. Lancellotti: *Le mostre romane del Cinquantenario*, Roma, c.1911; J. García: Arte, arquitectura y arqueología españolas en la Exposición Internacional de Roma de 1911, en *Congreso Internacional Modernizar España 1898-1914. Proyectos de reforma y apertura en torno a la conferencia de Algeciras de 1906*, Madrid, 2006b, pp. 1-16 (Formato electrónico).

³¹ G. Ghirardini: *Speranze e conquiste dell'archeologia italiana a Creta e nell'Africa*, Roma, 1913, p. 4 y ss. (extraído de *Conferenze e Prolusioni*, anno VI, vol. VI, 19).

³² Sobre la AAR se ha escrito mucha bibliografía. Citaremos dos títulos monográficos: L. Valentine y A. Valentine: *The American Academy in Rome 1894-1969*, Charlottesville, 1973; *American Academy in Rome. Celebrating a Century*, Nueva York, 1995.

³³ Van Buren definía en los siguientes términos los argumentos a investigar en la Academia: «...that it includes everything that has to do with the history of human life in Italy from the earliest times, and also with the history of human life in other countries in so far as that may be expected to throw light on Italian civilization either as influencing it or as being influenced by it». A. W. Van Buren: *The American Academy in Rome and classical studies in America*, *The Classical Journal*, IX, 2, noviembre de 1913, pp. 73-78.

³⁴ Ver el prefacio de K. Stloukal en el *Bolletino dell'Istituto Storico Cecoslovacco in Roma*, fascicolo I, 1937, p. V.

³⁵ U. Paananen: *L'Istitutum Romanum Finlandiae*, en *Speculum Mundi*, o.c., p. 258.

RELACIONES ENTRE LAS INSTITUCIONES EXTRANJERAS EN ROMA. LA CIENCIA EUROPEA Y EL ESTADO ITALIANO

El Real decreto fundacional de la EEHAR (3 de junio de 1910) señalaba claramente en su cuarto artículo cuál habría de ser una de las competencias principales de una institución que se estrenaba en un foro científico y humanístico fuera de España: «Comunicarse con los centros análogos que otros países tienen en Roma, y con las academias y sociedades italianas de arqueología e historia».³⁶ El propio Pijoan auspiciaba éste un objetivo de fácil desempeño a tenor de la buena acogida recibida por las instituciones extranjeras y la eficaz herramienta de comunicación que significaba la lengua italiana (en 1911 le comentaba a Joan Maragall «...els directors de les altres escoles ens han obert els braços y ens ajuden tan com poden»)³⁷ Pronto anunciaba su colaboración con el arqueólogo y futuro director del DAI Walter Amelung y las solicitudes de miembros del Instituto Austriaco con objeto de ser alojados en la Escuela (Espadas, 2000: 80), noticias halagüeñas sobre los entramados que creaba la institución apenas constituida, pero que el pronto regreso de Pijoan a Barcelona en 1912 y su desvanecimiento en los albores de la Gran Guerra truncaron.

La Roma de principios del siglo pasado constituía un *unicum* para la investigación, fruto de la concentración en la ciudad de los institutos nacionales y extranjeros, los últimos cada vez más abundantes, y deseosos de promover los intercambios científicos con los centros italianos; por supuesto, históricamente, el flujo cosmopolita de la actividad científica o artística jamás se había detenido en la ciudad del Tíber, pero hasta finales del siglo XIX y comienzos del XX no se asentaron sus pilares institucionales, con la compartimentación de los saberes y su redefinición al servicio de afanes estatales. Si la fundación de muchos de los centros romanos había conllevado un claro sentido de rivalidad política y científica de corte nacionalista, la práctica cotidiana resultó bien diversa, al menos hasta la segunda mitad de los años 30, dado que las personalidades al frente de las escuelas y las academias supieron anteponer la búsqueda del saber a los litigios que se desarrollaban en el panorama político internacional, sin desdeñar por ello el imponerse como meta su reconocimiento como *primus inter pares* en el ambiente intelectual romano o publicitar la cultura del propio país (fig. 12). Testimonios de la reciprocidad de las relaciones de cooperación diseñadas en el tejido académico de Roma se encuentran en la ubicuidad del arqueólogo y director de la BSR

³⁶ Véase el Real Decreto en *Escuela Española de Arqueología e Historia en Roma. Cuadernos de trabajos*, I, 1912, VII-IX. Igualmente, D. Castillejo: *Los intelectuales reformadores de España. Epistolario de José Castillejo y de Manuel Gómez-Moreno. II. El espíritu de una época 1910-1912*, Madrid, 1998, p. 101; Espadas, *o.c.*, p. 143.

³⁷ Y continuaba: «Aquí, hi ha només que aquesta ventatge d'una colònia internacional, d'alemanys, inglesos, francesos, parlant italià...». Se refería al idioma como la única ventaja que encontraba a la investigación en una Urbe *brut y criminal*, sin cualidades semejantes a las que había encontrado para sus estudios en Inglaterra. A. M. Blasco i Bardas: *Joan Maragall i Josep Pijoan. Edició i estudi de l'epistolari*, Barcelona, 1992, pp. 430 y 431, M.62, carta de 17 de marzo de 1911.



Fig. 12. Arqueólogos italianos y extranjeros en las escalinatas de la *Basílica Julia*, 1880 (Attilio Wanderlingh y Ursula Salwa, *Storia fotografica di Roma 1900-1918*, 2003).

(1906-1925) Thomas Ashby, cuyo reconocido prestigio le abrió las puertas de las revistas *Mélanges de l'EFR*, de los *Mitteilungen* del DAI o del italiano *Notizia degli scavi di antichità*;³⁸ o en la acogida de profesores alemanes e italianos en los cursos de la American School of Classical Studies: August Mau, bibliotecario del DAI, experto en la pintura mural de los yacimientos campanos y a quien debemos la división de los cuatro estilos pompeyanos, guiaba a los alumnos americanos durante dos semanas por Nápoles y sus alrededores; el organigrama de la institución se complementaba con los profesores Marucchi (arqueología cristiana), Venturi, Hermanin, Rivoira y Ricci (cursos de pintura italiana medieval y renacentista).³⁹ Entretanto, arqueólogos e historiadores norteamericanos seguían las lecciones impartidas por Hülsen en el DAI y por Lanciani en la universidad romana, así como los cursos de paleografía celebrados en el Vaticano.⁴⁰ Junto a Giacomo Boni y Giuseppe Fiorelli, Rodolfo Lanciani personificaba la renovación de la arqueología postunitaria (aunque en menor medida que aquellos dos en lo que a sus aspectos técnicos se refiere), y no sorprende que su fama mundial ayudase a su recepción con el grado de miembro ordinario u honorario en el DAI (1869), la British and American Archaeological Society (1872), el Istituto Archeologico

³⁸ T. Meter Wiseman: La Scuola Britannica di Roma, en *Speculum Mundi*, o.c., pp. 94 y 95, y n. 33.

³⁹ *The American School of Classical Studies in Rome. Prospectus for 1908-1909*, Roma, 1908, pp. 6-7.

⁴⁰ R. T. Scout: La Scuola di Studi Classici dell'Accademia Americana in Roma, en *Speculum Mundi*, o.c., p. 33.

Austriaco (1912) o la Accademia Nazionale di Romania, además de otras asociaciones europeas.⁴¹

Del mismo modo que sucede en nuestros días, las bibliotecas académicas de la Urbe conformaban un espacio de intercambio cosmopolita, de trabajo y de reflexión, donde sobre un encuentro casual se podía fundar una futura colaboración profesional, sea a nivel personal que institucional, y donde los jóvenes investigadores se aproximaban a las mentes preclaras de entonces, como apuntaba en su correspondencia el arqueólogo Togo Salmon al rememorar sus encuentros en el DAI con Julius Beloch, con Emile Mâle en l'EFR, con Flinders Petrie en la BSR y con Giuseppe Lugli en la Accademia di Romania;⁴² o igualmente Jérôme Carcopino al citar el apoyo que recibían en sus investigaciones juveniles él y sus colegas francesas por parte de Hülsen, Helbig, Ashby y Lanciani, nombres clave de la arqueología de comienzos del siglo xx.

Durante décadas una fuente de prestigio internacional fue la consolidación de una biblioteca cuantitativa y cualitativamente rica en obras, frecuentada por la docta comunidad asentada en Roma, y por consiguiente, que ejerciera de motor de la vida científica local a la par que se erigiera en medidor de la influencia intelectual de determinado país, y del éxito de su metodología de investigación, dentro del contexto cultural italiano. La EEHAR no poseía una biblioteca en el Palazzo di Monserrato con la cual llevar adelante estos objetivos («si en Roma hay tantos libros, ¿por qué los queremos en la Escuela?») (Espadas, 2000: 83), leemos en una carta que Josep Pla recibió de Pijoan, en realidad desconsolado ante este vacío), e incluso la bibliografía más básica la extraían sus becarios de la de l'EFR; a causa de ello la difusión de las publicaciones arqueológicas hispanas se llevó a cabo forzosamente a través de la biblioteca de la Academia Española de Bellas Artes, en la que estudiosos de todas las escuelas consultaban con frecuencia las memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, según afirmaba el director del centro, Miguel Blay.⁴³ Éste, sin embargo, llamaba la atención sobre la penuria de la biblioteca y exhortaba a cultivarla, a trocar «la Cenicienta en Princesa», a fin de convertirla en un «foco de propaganda y de estímulo al deseo que en la intelectualidad de Roma hay por estudiar todo lo que es nuestro y muy especialmente nuestras artes».⁴⁴ Las bibliotecas germánicas, la mayoría de ellas herederas de la tradición humanística decimonónica y por lo tanto arraigadas con fuerza en los estudios históricos, arqueológicos,

⁴¹ D. Palombi: Rodolfo Lanciani. *L'archeologia a Roma tra Ottocento e Novecento*, Roma, 2006, pp. 29, 114 y 115.

⁴² A. Wallace-Hadrill: *The British School at Rome. One Hundred Years*, Londres, 2001, p. 77.

⁴³ ARAER. Comunicaciones oficiales 1921-1936. Serie III, caja 89, exp. 60 (1931), carta de Miguel Blay al presidente de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades de 23-12-1931. En 1930 la Academia había incorporado a su biblioteca los 104 primeros números de dicha revista, en 13 tomos, la cual continuó recibiendo periódicamente.

⁴⁴ ARAER. Comunicaciones oficiales 1921-1936. Serie III, caja 89, exp. 56 (1928), copia de una carta de Miguel Blay al presidente de la Junta de Relaciones Culturales con el Extranjero, c. 1928.

artísticos y filológicos que se desarrollaban en Roma, y que con anterioridad no habían tenido rival, entraron en crisis tras el estallido de la Primera Guerra Mundial (por ejemplo, el DAI sólo recuperó la suya en 1920, después de firmar un acuerdo por el que los investigadores italianos gozarían de idénticos derechos a los alemanes, mientras que las propiedades de la Biblioteca Hertziana permanecieron secuestradas entre 1915 y 1927⁴⁵). En 1925, la biblioteca de la AAR postulaba haber tomado el relevo del DAI en la capital italiana y se proponía con 25.000 volúmenes en sus estantes como la sede con mayor afluencia de arqueólogos de todas las nacionalidades, resaltando su influencia a nivel nacional (en EEUU) e internacional (en Italia) en calidad de receptora de los intereses intelectuales y estéticos hacia el mundo italiano.⁴⁶

La década de los 30 se presenta llena de contradicciones, oscilante entre un mundo de intereses científicos comunes —por lo demás alentados por un Estado italiano en plena exaltación de lo patrio—, construido sobre enlaces institucionales y personales de la etapa prebélica, y la realidad de un mundo de enemistades nacionales abocado al conflicto, con repercusiones en la estrategia cultural de las academias extranjeras. El teatro de la política internacional asistía a la instauración del eje ítalo-alemán (oficializado en 1936), asentado sobre ideales afines resultantes de las «revoluciones constructivas» fascista y nacionalsocialista, en clara oposición a las posturas defendidas por Francia y Reino Unido, y politizando en su avance todos los aspectos concernientes al ámbito de la cultura. La situación no podía más que afectar a los centros académicos de las naciones implicadas en el tenso entramado internacional que se tejía en Europa y fuera de ella, testigos in situ de la adhesión de Mussolini al Pacto Antikomintern en 1937, firmado el año anterior entre Alemania y Japón, y de la paulatina militarización del Gobierno italiano, que en 1939 invadía Albania. Al contrario que los enfoques contemporizadores con el régimen fascista que postulaban la AAR, en buenas relaciones con corporaciones artísticas de la dictadura (en la visita del presidente de la Confederazione Nazionale Sindicati a su sede se había hablado de fecundos contactos y de futuras iniciativas comunes⁴⁷), o la BSR, que había vetado la candidatura a su dirección de notas personalidades de pensamiento antifascista e incluso había elegido al ministro Corrado Ricci su miembro honorario, l'EFR polemizó de forma activa con los totalitarismos contemporáneos mediante los instrumentos que tenía a su disposición: Walter Amelung y Ludwig Curtius habían rehabilitado por esas fechas el crédito del DAI, de modo que uno de los principales frentes de batalla de Jérôme Carcopino residió en aumentar los fondos de l'EFR con objeto de equipararse o superar a los institutos alemanes, tratando de que la institución fuese auto-

⁴⁵ C. Thoenes, E. Guldán, G. Dieter: La Biblioteca Hertziana, en *Speculum Mundi*, o.c., pp. 58 y 59.

⁴⁶ G. Showerman: America in Ancient Rome, *Art and Archaeology. The Arts throughout the Ages*, XIX, 2, febrero de 1925, pp. 79 y 80.

⁴⁷ G. P. Stevens: Il Presidente della Conf. e il Segr. Naz. delle Belle Arti visitano l'Accademia Americana di Roma, *Notiziario della Confederazione Nazionale Sindicati fascisti professionisti artisti*, 23, 20-02-1930-VIII, s.p.

suficiente en materia de investigación y sus becarios no tuvieran que depender de bibliotecas ajenas, sobre todo las italianas y las germanas. Se consideraba vital sustraer a la clase culta y a la intelectualidad italiana del campo de actuación del DAI, y en ese esfuerzo l'EFR actuó de ejecutora del aparato propagandístico del Ministerio de Asuntos Exteriores francés, predispuesto a subvencionar cualquier actividad a este respecto. Carcopino celebró desde los habituales cenáculos mundanos (prosiguiendo con una tradición mantenida por Geffroy, monseñor Duchesne o Mâle⁴⁸) que congregaban a la aristocracia romana, a diplomáticos, prelados y al personal de las escuelas de arte y arqueología, y en los cuales se compartía la 'charme' franca con esta sociedad internacional, hasta ciclos de conferencias que entre 1937 y 1939 desplegaron en el Palazzo Farnese los éxitos de la arqueología francesa en Siria y Argelia, plantearon nuevas interpretaciones a viejos problemas de la historiografía romana o analizaron aspectos de la documentación conservada en el ASV.⁴⁹ Sin que su puesta en escena fuese enfocada a la superación de enemigos no declarados, otros países encauzaron las actividades de sus centros romanos hacia la promoción de las luces nacionales: así, personalidades de la economía, las artes y la política de la dictadura del mariscal Pilsudski impartieron conferencias en la Accademia Polacca, que impresas, se distribuían en las filiales del Instituto de Cultura fascista.⁵⁰ Tampoco la España de Primo de Rivera fue ajena a este proyecto de proselitismo cultural tan en boga en el periodo de entreguerras, y Miguel Blay lo entendía así al fomentar el propio programa de disertaciones de la Academia de Bellas Artes dedicadas al arte español, que estimaba completamente desconocido en Roma, sesiones que definía como de «propaganda y educación» imprescindibles si se quería realzar el papel de la institución gianicolense en el ámbito italiano.⁵¹

El Gobierno del Duce supo encauzar el acervo de intereses concentrado en torno a las investigaciones históricas en Roma en su beneficio, encontrando en ello un elemento de consenso frente a las desavenencias causadas por el panorama político; el culto a la romanidad, exaltado por la ideología fascista,⁵² inspirador de la radical transformación urbanística de la capital entre 1922 y 1943, fructificó en múltiples iniciativas orientadas a subrayar los valores universales del clasicismo y su rol en la moderna civilización occidental (retórica a través de la cual se extrapolaba que la Italia fascista había heredado aquella milenaria misión civilizadora, con un restaurado Augusto a la

⁴⁸ Véanse en general los diferentes trabajos sobre las amplias relaciones de l'EFR en época de Louis Duchesne en *Monsieur Duchesne et son temps. Actes du colloque organisé para l'École Française de Rome*, Roma, 1975.

⁴⁹ Sobre estas conferencias, J. Carcopino, *Souvenirs de sept ans (1937-1944)*, París, 1953, pp. 37-39.

⁵⁰ B. Bilinski: *Biblioteca e Centro...*, o.c., p. 90.

⁵¹ ARAER. Comunicaciones oficiales 1921-1936. Serie III, caja 89, exp. 56 (1928), carta cit. de Miguel Blay al presidente de la Junta de Relaciones Culturales con el Extranjero.

⁵² Por destacar algunos títulos al respecto, citaremos a L. Canfora: *Ideologie del Classicismo*, Turín, 1980: *Id.*, *Classicismo e fascismo*, *Quaderni di Storia*, 3, 1976, p. 15 y ss.; L. Perelli: *Sul culto fascista della Romanità* (una silloge), *Quaderni di Storia*, 5, 1977, p. 197 y ss.

cabeza del país⁵³), en cuya elaboración ningún instituto quiso permanecer aparte. Los cursos y congresos promovidos por el Istituto di Studi Romani recabaron un enorme éxito de participación internacional, a causa del apoyo estatal y su propia idiosincrasia europeísta, meditada para diseñar una amplia perspectiva del estado de los estudios (de historia, filología, arte, arqueología, paleografía...) pertinentes a Roma y a la civilización latina en las diferentes partes del mundo.⁵⁴ En su dimensión política, de los cinco congresos organizados entre 1929 y 1938 surgieron debates y propuestas en materia de bienestar social, de higiene o urbanismo que la Administración italiana incluso abordó en la práctica.⁵⁵ La Academia Española de Bellas Artes representó a nuestro país en todas estas convenciones, primero en la persona de Miguel Blay, y posteriormente en la del secretario José Olarra, que en 1935 tomaba parte en el *IV Congresso Nazionale di Studi Romani*, y en 1938 tanto en el *Congresso Augusteo* como en el *V Congresso Nazionale*, este último convocado bajo el título genérico de *La funzione dell'Impero Romano nella storia della civiltà*. El año anterior Olarra había ya ingresado en el Comitato Nazionale permanente per l'incremento degli Studi Romani.⁵⁶

Resulta paradójico el hecho de que al igual de lo que sucediera en la víspera de la Gran Guerra, con el entusiasmo suscitado en la *Mostra Archeologica nelle Terme di Diocleziano* de 1911, que aunó a todas las naciones en torno a un objetivo común (la mayor manifestación pública de la arqueología y de la historia de la antigua capital republicana e imperial, y de sus provincias), nuevamente en la antesala del segundo conflicto mundial se cultivaran las mayores y más proficuas alianzas a nivel mundial en el campo científico.⁵⁷ Un año antes del principio de la Segunda Guerra Mundial, en la *Mostra Augustea della Romanità* (de septiembre de 1937 a septiembre de 1938) (fig. 13), confluyeron maquetas, relieves, dibujos, planos y fotografías de diversos aspectos de la civilización romana durante la época de Augusto, de sus monumentos y obras civiles, militares y religiosas, de los ámbitos privado y público, con secciones centradas en su sociedad, su economía, sus artes, etc., materiales donados por las antiguas provincias imperiales de Europa, Asia y África (Estados Unidos también contribuyó).⁵⁸ Por tanto, la generosa aportación de piezas recogidas en 1911, que había sido cuantitativamente duplica-

⁵³ M. Cagnetta: Il mito di Augusto e la rivoluzione fascista, *Quaderni di Storia*, 3, 1976, pp. 139-181.

⁵⁴ ARAER. Directores-6. Miguel Blay 1926-1933. Serie II, caja 70, exp. 26. Acta de la reunión de las instituciones extranjeras en el Istituto di Studi Romani (11-05-1932), p. 2.

⁵⁵ P. Brezzi: L'Istituto Nazionale di Studi Romani, en *Speculum Mundi, o c.*, p. 710.

⁵⁶ ARAER. Directores-8. Emilio Moya Lledó 1936-1939. Serie II, caja 73, exp. 52. Carta de Carlo Galassi Paluzzi a José Olarra de 15-09-1937.

⁵⁷ Acerca de la intervención española en la Exposición de 1911, J. Salas Álvarez y J. Sánchez Gil: La Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma y la presencia española en la Exposición Internacional de Roma de 1911, en *Pioneros de la arqueología en España del siglo XVI a 1912; Zona arqueológica*, 3, Alcalá de Henares, 2004, pp. 401-406; J. García: Arte, arquitectura y arqueología españolas..., *o c.*, pp. 8-11. Ver Bellón y Tortosa en este capítulo.

⁵⁸ A. M.^a Liberati: La Mostra augustea della Romanità, en *Roma capitale 1870-1911. IV. Dalla mostra al museo. Dalla mostra archeologica del 1911 al Museo della civiltà romana*, Venecia, 1983, p. 80.



Fig. 13. Fachada del Palazzo delle Esposizioni durante la Mostra Augustea della Romanità, 1937-1938.

da, siempre con el sostenimiento extranjero, con el fin de exhibirlas permanentemente en el Museo del Imperio (1927-1929),⁵⁹ ahora se renovó con mayores donaciones, y una serie de estudios europeos (y un americano) escribieron sus respectivos ensayos sobre el vencedor de Anzio para los *Quaderni Augustei*, editados por el Istituto di Studi Romani, codo a codo con sus colegas italianos.⁶⁰ El catedrático y diputado Fernando Valls Taberner, que en 1936 había sido acogido por la Italia fascista durante su exilio, publicó su trabajo en 1939, donde sus loas al padre del Imperio y sus críticas a la República romana se confundían con alusiones veladas hacia el bando derrotado en la Guerra Civil española.⁶¹ A causa de esta, el bimilenario augusteo no se celebró en nuestro país hasta 1940.⁶²

Las tragedias bélicas resultaron primordiales en el proceso de concienciación en la necesidad de establecer los cimientos de una cooperación efectiva en la esfera de la investigación humanística y arqueológica, entendiéndola incluso como un mecanismo propiciador del mantenimiento de la paz. Con anterioridad a la guerra de 1914 los impulsos para legitimar cualquier tipo de lazo institucional fueron prácticamente inexis-

tentes: entre las asociaciones precursoras se cuenta la *Societas Mixta*, que englobaba a arqueólogos e historiadores austriacos, polacos, rumanos, húngaros e italianos, que desde 1901 se reunían informalmente en la Trattoria Fiorelli.⁶³ La conflagración mundial obtuvo de positivo el haber sacudido las conciencias hasta el punto de que cualquier medio pudiera resultar válido a fin de evitar debacles semejantes. De hecho, aunque el proyecto de una Aso-

⁵⁹ *Ead.*: Il Museo dell'Impero Romano, 1927-1929 - Il Museo dell'Impero Romano, 1929, en *Roma capitale 1870-1911. IV...*, o.c., pp. 65-73.

⁶⁰ En total, 18 investigadores europeos (franceses, holandeses, búlgaros, polacos, húngaros, suecos, noruegos, yugoslavos, austriacos, españoles y alemanes), más un americano, junto a 14 italianos, llevaron a cabo estos estudios. Entre estos podemos citar a Guido Calza o Giuseppe Lugli; entre aquellos a Albert Grenier, Ernst Kornemann, Axel Boethius, Albert W. Van Buren, Franz Miltner, Józsel Huszti, etc.

⁶¹ «Per la prima volta nella sua storia, la Spagna ebbe, sotto Augusto, unità politica effettiva e, per opera del grande Imperatore, si liberò dalla dura condizione in cui l'aveva mantenuta la Repubblica che ingiustamente la sfruttava». F. Valls Taberner: Gli studi spagnoli sulla figura e l'opera d'Augusto e sulla fondazione dell'Impero Romano, *Quaderni Augustei. Studi stranieri*, XVIII, Roma, 1939.

⁶² A. Duplá: Semana Augustea de Zaragoza (30 mayo - 4 junio 1940), en G. Mora y M. Díaz-Andreu: *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, Málaga, 1997, pp. 565-572.

⁶³ K. Rudolf: L'Istituto Storico..., o.c., p. 361.

ciación de Academias Nacionales de Roma (1928), pensado para fomentar un clima de confraternidad entre los países con sedes en la ciudad, y que implicaba entre otras instituciones a la Academia Española, restó truncado, señalaba en sus artículos: «La historia nos enseña que el arte, la más sublime expresión humana, ha sido en todo tiempo el más poderoso lazo de unión internacional. Además, las naciones que tienen a su cargo la grave misión de restablecer el orden y la belleza en el desorden causado por la reciente guerra, sientan intensa la necesidad de la inteligencia creativa de sus artistas». ⁶⁴ Mayor repercusión tuvo en este sentido una publicación que pretendía mantener actualizada la información sobre los institutos de la ciudad del Tíber, sus actividades, sus empresas editoriales, sus campos de estudio, etc., los *Annales Institutorum*. La colección llegó a alcanzar los 14 volúmenes (1928-1942), hasta que el segundo conflicto bélico impidió su continuación; ya en el número uno, Eugenie Sellers Strong, arqueóloga ligada a la BSR, aprovechando el clima conciliador apelaba porque se creara un comité formado por los directores de las escuelas que discudiese acerca de los problemas de las mismas, y por la configuración de un catálogo general de sus bibliotecas. ⁶⁵

A esta cadena de tímidos alientos y de parciales encuentros se añadieron dos últimos eslabones al finalizar la Segunda Guerra Mundial, hasta nuestros días los únicos permanentes: en 1945 nació la Associazione Internazionale di Archeologia Classica (AIAC), ⁶⁶ base a partir de la cual desplegar y divulgar las investigaciones de estudiosos e instituciones de diferentes nacionalidades a través de publicaciones, congresos y reuniones periódicas; y en febrero de 1946 se firmó el acta fundacional de la Unione Internazionale degli Istituti di Archeologia, Storia e Storia dell'Arte in Roma (la Unione), órgano de índole multidisciplinar (lo anuncia su título), coordinador de la actividad científica de sus institutos miembro, la cual gira, por supuesto, en torno a la propia Roma. ⁶⁷ Transcurridos siete años de la creación de la Unione, en 1953, se incorporaba a ella una EEHAR que estrenaba una esperanzadora segunda etapa de existencia.

LA ARQUEOLOGÍA ITALIANA Y DE LOS INSTITUTOS EXTRANJEROS EN ROMA

«A foreigner does not often get the chance of doing field-work in Italy», escribía Sir Leonard Wooley como introducción a la descripción de las agita-

⁶⁴ ARAER. Comunicaciones oficiales 1921-1936. Serie III, caja 89, exp. 56 (1928). Propuesta de asociación entre las academias nacionales de Roma, art. I.b., p. 2. El resto de las academias que formaban parte de este acuerdo eran la francesa, la americana, la británica y el Instituto Italiano de Bellas Artes.

⁶⁵ E. Sellers Strong: *Istituti Stranieri...*, o.c., p. 56.

⁶⁶ G. Carettoni: *Dall'Istituto di Corrispondenza...*, o.c., pp. 15 y 16.

⁶⁷ E. Billig, C. Nylander y P. Vian: «*Nobile Munus*». *Origini e primi sviluppi dell'Unione Internazionale degli Istituti di Archeologia, Storia e Storia dell'Arte in Roma (1946-1953). Per la storia della collaborazione internazionale a Roma nelle ricerche umanistiche nel secondo dopoguerra*, Roma, 1996.

das excavaciones que realizó en Teano en 1908 (Teanum Sidicinum, Nápoles), a consecuencia de las cuales el descubridor de Ur arriesgó finalizar en una prisión italiana junto a sus 60 obreros.⁶⁸ Las nuevas fórmulas institucionales que envolvían la actividad arqueológica, la descoordinación de los órganos patrimoniales involucrados, un alto grado de indolencia por parte del museo arqueológico napolitano y las argucias puestas en práctica por Wooley jugaron tanto a su favor como en su contra durante la excavación del yacimiento, la cual sacó a la luz los baños romanos de Teano, además de un reducido repertorio escultórico repartido entre el University Museum de Filadelfia, el Museo Barraco de Roma y el Museo Arqueológico de Nápoles.⁶⁹ El propio Wooley consideró su trabajo una excepción dentro del panorama de la arqueología de la Italia de entonces, cuya exclusión de los especialistas extranjeros, en palabras del mismo autor, se hallaba motivada por la desconfianza de los arqueólogos italianos hacia la interferencia de sus colegas de fuera en los trabajos ejecutados en su país, pero fundamentalmente a causa de la dificultad de obtener permisos de excavación, y consecuentemente de exportación de los materiales descubiertos, por parte del Gobierno. La explicación de este fenómeno en palabras de uno de los protagonistas de la legislación de la ciencia arqueológica del último cuarto del siglo XIX, Felice Barnabei —secretario del arqueólogo Giuseppe Fiorelli y posteriormente director general de la Direzione Generale delle Antichità e Belle Arti (1897-1900)—, enlaza con lo que definía las fuerzas reaccionarias a la acción del recién constituido Estado unitario: es decir, los institutos extranjeros, los cuales trataban de adquirir una posición privilegiada en materia de antigüedades, la enraizada trama del comercio anticuario y los municipios, cuyas comisiones arqueológicas reivindicaban privilegios en la administración patrimonial idénticos al poder central.⁷⁰ La Roma de 1870 reflejaba la imagen de un Estado consagrado a la revalorización de su patrimonio monumental, reproduciendo esquemas propagandísticos semejantes a los que fomentaron estas empresas en la capital pontificia y napoleónica, reinterpretados en clave nacionalista. La evocación del pasado republicano e imperial adquiría un papel legitimador del Estado naciente, que en un plano simbólico recuperaba así la memoria de un poder laico y global anterior al dominio territorialmente parcial del Estado eclesiástico de los papas.⁷¹ La producción histórica y sobre todo arqueológica, a la par que su difusión, asentaba las bases ideológicas no de la nueva patria, sino de la patria resurgida que reclamaba la herencia de la madre Roma;⁷² como se ha señalado, la misma elección de la ciudad del

⁶⁸ C. L. Wooley: *Dead towns and living men*, Edimburgo, Oxford University Press, 1920, p. 46 y ss.

⁶⁹ Acerca de estas excavaciones, E. Gàbrici: Teano. Avanzi di un grande edificio termale dell'antico. *Teanum Sidicinum*, scoperti in contrada Santa Croce, *Atti della R. Accademia dei Lincei. Serie quinta. Notizia degli scavi di antichità*, Roma, 1908, vol. V, pp. 399-416.

⁷⁰ F. Barnabei: Memorie inedite di un archeologo (I), *Nuova Antologia. Rivista di lettere, scienze ed arti*, fasc. 1.472, 16 luglio, 1933-IX, pp. 280 y 281.

⁷¹ M. Barbanera: *L'archeologia degli italiani*, Roma, 1998, pp. 34, 35 y 38.

⁷² G. Pisani Sartorio: Tra antiquaria e archeologia, en *Roma capitale 1870-1911. VII. L'archeologia in Roma capitale tra sterro e scavo*, Venecia, 1983, p. 13.

Tíber como capital no respondía a su importancia económica en el conjunto del país, ni a la resolución de sus clases dirigentes en pro de la unificación, sino enteramente a su concepción milenaria, a su fuerza emblemática.⁷³ En este contexto, la atención a centralizar las operaciones arqueológicas y a blindar el repertorio monumental fructificó en las primeras leyes y organismos de vigencia estatal: en 1902 el parlamento aprobó la ley de tutela de las antigüedades y bellas artes (atrás quedaban otros textos que corrieron una nefasta suerte en la década de los 70' y los 80'), seguida de su revisión en 1909,⁷⁴ y entre 1870 y 1881 nacían la Soprintendenza per gli scavi e la conservazione dei monumenti della provincia di Roma (1870), bajo la dirección de Pietro Rosa, la Comisión arqueológica (1872; con Lanciani, De Rossi, los Visconti y Rosa, por citar algunos de sus ocho miembros) y en 1875 la Direzione Generale degli scavi e dei musei del Regno (en 1881 pasaría a denominarse Direzione Generale delle Antichità e Belle Arti), coordinadora de las escalas provincial y municipal de las intervenciones arqueológicas, así como de la conservación y difusión de las antigüedades.⁷⁵ Intromisiones ajenas al organigrama patrio italiano levemente esbozado atentaban contra el espíritu de monopolización de las potestades arqueológicas estatales, en materia legislativa aún dubitativas, de consolidación de la autoridad central, en correspondencia con un país de corta andadura, afanado en la construcción de su Historia.⁷⁶

Las memorias de Felice Barnabei —escritas en 1933 con la lógica intencionalidad patriótica de la época— recapitulan acerca de este periodo; su autor, espoleado por rivalidades científicas, vertía duros reproches hacia las escuelas extranjeras asentadas en la Urbe, apreciaciones muy apropiadas sea integradas en el discurso nacionalista de 1900, sea en el del año de su redacción. Y la arqueología, aseveraba, poco tenía que ver en todo ello. El abruzzese señalaba las maniobras políticas ocultas tras los programas científicos de institutos como l'EFR, cuyo director, entonces Auguste Geffroy, aspiraba a elevar su nombradía en detrimento de la del Istituto Archeologico Germanico, meta para la cual la posibilidad de efectuar campañas exclusivas de la escuela francesa habría resultado fundamental; pero igualmente del pujante DAI, al que ni la mediación de Mommsen ante Fiorelli le procuró el permiso de excavaciones del templo de Alatri.⁷⁷ En 1895 los americanos lo

⁷³ C. Brice: Rome à la fin du XIX^{ème} siècle : une 'mégapole patrimoniale', en *Mégapoles méditerranéennes. Géographie urbaine rétrospective*, París, 2000, p. 362.

⁷⁴ G. Gatti: Archeologia, en *Cinquanta anni di storia italiana (1860-1910)*, Milán, 1911, vol. II, pp. 5 y 6. Léase asimismo L. Pargagliolo: Del sottosuolo archeologico, *Rivista d'Italia*, anno XIII, fasc. III, marzo 1910, pp. 364-391.

⁷⁵ A. M. Ramieri: L'archeologia in Roma capitale: le scoperte, i metodi e gli studi, en *Roma capitale... VII, o.c.*, pp. 18 y 19.

⁷⁶ *Ead.*, p. 19.

⁷⁷ Barnabei recordaba con orgullo los obstáculos que interpuso a las escuelas foráneas: «Andrei molto per le lunghe se volessi enumerare (...) tutti i tentativi che furono fatti da stranieri per eseguire scavi di antichità principalmente nei dintorni di Roma, tentativi contro i quali io reagii sempre, e quasi sempre riuscii a farli naufragare». F. Barnabei: Memorie inedite di un archeologo (III), *Nuova Antologia. Rivista di lettere, scienze ed arti*, fasc. 1.474, 16 agosto, 1933-XI, p. 558.

habían intentado igualmente en la colonia de Norba, de la mano de A. L. Frothingham, pero los permisos jamás se les concedieron, limitando así su investigación a reconocimientos topográficos.⁷⁸ Los institutos, en especial los dos primeros mencionados, que contaban con una trayectoria dilatada en la Urbe, fueron conscientes del desplazamiento al que les relegaba la legislación italiana e hicieron público su malestar en los años ulteriores, hasta la Segunda Guerra Mundial. Ya en un temprano análisis de 1887, von Duhn auspiciaba las reducidas ocasiones que en el futuro gozarían los arqueólogos alemanes, y más precisamente los pertenecientes al DAI, dentro del panorama de la arqueología italiana, refiriéndose a la participación en las excavaciones de Roma y otras regiones, o a la publicación de los descubrimientos.⁷⁹

Por su parte, el director de l'EFR, Jérôme Carcopino, recordaba en 1939 la desventaja de los becarios franceses que acudían a Roma, privados de actividades arqueológicas allí, en contraste con L'École française d'Athènes, cuyos miembros excavaban en Delfos, Delos y otras localidades, realidad que generaba una patente insatisfacción científica entre aquellos.⁸⁰

Entre tanto, con el telón de fondo de esta reorganización institucional, se pusieron en marcha las operaciones arqueológicas sistemáticas en diferentes puntos de la capital, respaldadas por una moderna metodología científica: las conducidas por Pietro Rosa a partir de 1870 dieron como resultado la aparición de la basílica Julia y de las estructuras del templo del divo Julio, en tanto que los fundamentos del recinto de los Dioscuros quedaron completamente desenterrados. Gracias a las excavaciones de Giuseppe Fiorelli y de Rodolfo Lanciani desde mediados de la década de los 70' hasta 1885 se sacó a la luz el trazado de la Vía Sacra del templo de Antonino y Faustina hasta la basílica de Majencio, los Rostra y la Regia, mientras que hacia 1875 se trabajaba en la arena del Coliseo, dejando a la vista una importante fracción de sus galerías subterráneas.⁸¹ El Lapis Niger se halló en las excavaciones del Foro republicano dirigidas entre 1898 y 1905 por Giacomo Boni, en labores practicadas contemporáneamente a las de los foros de Augusto y de Nerva de 1889.⁸²

Las campañas del Foro de Boni supusieron un momento de distensión en la resistencia de la arqueología oficial a la intrusión de los institutos no italianos, excluidos por la aplicación de la legitimidad normativa de su dirección, aunque no de su concurso con fines formativos y en ocasiones divulgativos (cabe reflexionar hasta qué punto fue la sola personalidad de Boni,

⁷⁸ R. T. Scott: *La Scuola di Studi Classici...*, o.c., p. 33.

⁷⁹ M. L. Catoni: *Fra 'scuola' e 'custodia': la nascita degli organismi di tutela artistica*, en *Ricerche di Storia dell'Arte*, 50, *L'archeologia italiana dall'Unità al Novecento*, Roma, 1993, p. 42.

⁸⁰ J. Carcopino: *L'opera della Scuola francese di Roma*, *Rivista Storica Italiana*, serie V, vol. IV, fasc 1.º, 31 marzo-1939, pp. 93 y 94.

⁸¹ G. Gherardini: *L'archeologia nel primo cinquantennio della nuova Italia*, Roma, 1912; F. Gori: *Memorie storiche dell'Anfiteatro Flavio*, Roma, 1875, p. 114 y ss.

⁸² A. De Santis: *Gli scavi di Giacomo Boni al Foro romano*, en *Roma capitale 1870-1911. II. Dagli scavi al Museo. Come da ritrovamenti archeologici si costruisce il Museo*, Venecia, 1984, pp. 76-83.

animado a suscitar el interés internacional, la que propició este aperturismo); igualmente pusieron de manifiesto cierta indefinición legal respecto a la cuestión de financiar las labores arqueológicas con capital extranjero. Boni rechazó las ofertas de los estudiantes del DAI que se habían ofrecido a responsabilizarse del diario de excavaciones, privilegiando a los jóvenes italianos recién licenciados con objeto de que aprendieran en la «alta escuela de método» en que se convirtió la arqueología del Foro;⁸³ pero abrió el vasto yacimiento al estudio de los arquitectos y de los arqueólogos de las escuelas americana, francesa, británica y alemana, y a los exámenes de personalidades como Hübner, McNeil Rushforth, Louis Duchesne y Thomas Ashby.⁸⁴ De los hallazgos más espectaculares incluso se dio cuenta en las investigaciones de los directores de los centros y de los becarios extranjeros admitidos a indagar en diferentes aspectos del Foro: el trabajo del inglés Gordon McNeil Rushforth concerniente a la decoración pictórica y ornamental de la iglesia medieval de Santa Maria la Antigua,⁸⁵ o la reconstrucción cronológica del Atrium Vestae publicada por Esther Van Deman, especialista en topografía republicana del Foro y miembro de la American School of Classical Studies, constituyen buenos ejemplos.⁸⁶ Sin embargo, a aquel se le impusieron limitaciones en el aparato gráfico publicable y Boni no autorizó a Van Deman que en su libro trascendieran los trabajos más recientes. En el apartado divulgativo de los descubrimientos, la amistad que le guardó Boni al arqueólogo aficionado Welbore St. Clair Baddeley le fue compensada con una campaña orientada hacia la opinión pública y científica internacional, en la que tanto este como Richard Norton, director de la AAR, sostuvieron las teorías del italiano respecto a la Via Sacra o al Lapis Niger, en oposición a la postura defendida por Lanciani, a través de sus artículos en *The Globe* y *The Times*.⁸⁷

En las producciones intelectuales de las instituciones extranjeras, la falta de una arqueología práctica sobre el suelo italiano suponía un vacío para el buen nombre de la ciencia de cada país. Esto engendraba una gran desventaja respecto a las sedes hermanas situadas en Atenas, protagonistas de la edad de oro de las grandes excavaciones en Grecia y Asia Menor: las campañas de la American School of Classical Studies at Athens (1884) desde la década de los 80 en diferentes enclaves del Ática y Beocia,⁸⁸ de la British School at Athens (1886) en el Peloponeso, a las que se suman las excavacio-

⁸³ E. Tea: *Giacomo Boni nella vita del suo tempo*, Milán, 1932, vol. II (1898-1925), p. 157.

⁸⁴ *Ead.*, pp. 46, 47 y 158; C. Huemer: Giacomo Boni e i borsisti americani a Roma, en P. Fortini (coord.): *Giacomo Boni e le istituzioni straniere. Apporti alla formazione delle discipline storico-archeologiche*, Roma, 2008, pp. 57-69.

⁸⁵ G. McNeil Rushforth: The church of S. Maria Antiqua, *Papers of the British School at Rome*, vol. I, n.º 1, 1902, pp. 1-123.

⁸⁶ K. Bull-Simonsen Einaudi, Esther Boise Van Deman: un'archeologa americana, en *Roma capitale... VII, op. cit.*, p. 42. La investigadora americana publicó su análisis en *The Atrium Vestae*, Washington, 1909.

⁸⁷ T. P. Wiseman: Con Boni nel Foro. I diari romani di W. St Clair Baddeley, *Rivista dell'Istituto Nazionale d'Archeologia e Storia dell'Arte*, VIII-IX, 1985-86, pp. 119-149.

⁸⁸ Véase un listado de las excavaciones americanas en Grecia hasta la década de los 30' en L. E. Lord: *A History of the American School of Classical Studies at Athens, 1882-1942*, Cambridge (Massachusetts), 1947, pp. 296-303.



Fig. 14. (A la izquierda)
Estudiantes de la
Escuela Americana de
Estudios Clásicos en
Gabii, c. 1902
(Huemer, 2008).



Fig. 15. (A la derecha)
Miembros de la
American School en
una excursión a Ostia.
Art and Archaeology,
vol. XIX, 2, 1925.

nes de Arthur Evans en Knossos; la arqueología desplegada por L'École française d'Athènes (1873) a partir del último decenio del siglo XIX en Delfos, Delos o Thasos,⁸⁹ en competencia con los alemanes del Athener Institut (1874), implantados en sus yacimientos de Olimpia, Samotracia, Tebas, Samos, el Cerámico de Atenas, etc.⁹⁰ El DAI sin embargo no se resentía de esta laguna, al no comprenderse entre sus funciones la actividad arqueológica práctica, sino la profundización en los resultados aportados por dicha ciencia, las investigaciones históricas y su divulgación. Al verse desprovistas de las prominentemente arqueológicas había condicionado la orientación de algunas escuelas romanas hacia otra clase de tareas: estudios topográficos —si bien de una alta calidad, que han dejado una importante documentación fotográfica y cartográfica de monumentos y yacimientos⁹¹—, investigación en museos y bibliotecas, ensayos de historia clásica, y hacia una acrecentamiento de los campos del saber más allá de la Antigüedad, a las historias medieval y del cristianismo primitivo, o al arte italiano. Institutos como el americano, organizados con una doble funcionalidad científica y educativa, completaban sus cursos de paleografía latina y griega, de numismática, de historia de Roma, de su topografía antigua y de la del Lacio,⁹² con viajes anuales a Grecia, programados en los meses de primavera, precedidos de la

⁸⁹ C. Valenti: *L'École française d'Athènes*, París, 2006, p. 73 y ss.

⁹⁰ Sobre la arqueología en Grecia de este periodo, É. Gran-Aymerich: *Naissance de l'Archéologie...*, o.c., p. 302 y ss.

⁹¹ Por ejemplo, las más de 2.000 fotografías de Esther Van Deman sobre las excavaciones de Boni y otros argumentos o los relieves topográficos y el material gráfico producido por A. L. Frothingham en la colonia latina de Norba (Lazio), esfuerzo que no se vio recompensado con un permiso oficial de excavaciones del Gobierno italiano. R. T. Scott y P. Rosenthal: *The Academy & the Forum. One hundred years in the eternal city*, New York, 1996, pp. 38-41.

⁹² Sobre los planes de estudios para los arqueólogos, C. Grant Lafarge: *The American Academy in Rome. Twenty fifth anniversary*, New York, 1920, p. 11. Asimismo consúltese, por ejemplo, el programa de estudios del curso de 1915-1916, *American Academy in Rome. School of Classical Studies 1915-1916*, Roma, 1915.

estancia de una semana en Pompeya, Nápoles, Sicilia o más raramente Carthago, esquema al que se añadían sesiones lectivas estivas desarrolladas en la campiña romana⁹³ (figs. 14 y 15); experiencias que también promovía por su lado el Instituto Sueco en las lecciones de topografía y arqueología clásica, aunque a partir de 1935. Pero la mayor parte del trabajo se desplegaba en archivos y bibliotecas, con resultados que además de cristalizar en los respectivos boletines académicos (la serie de «materiales arqueológicos» planteado por Pijoan para la EEHAR no llegó a cuajar), podían tener una gran repercusión científica, convirtiéndose en ocasiones en referencias imprescindibles en materia de arqueología romana. L'EFR, no obstante a constituir una excepción en cuanto a posibilidades arqueológicas se refiere, como enseguida trataremos, se volcó en la publicación de monumentos singulares o de los repertorios museísticos —«Les musées restent et les monuments aussi», se consolaba monseñor Louis Duchesne en 1913—,⁹⁴ mientras que alemanes e ingleses mantenían un particular pulso científico dirigido a la catalogación de las colecciones escultóricas italianas de mayor prestigio (había trabajo para todos en esta materia y el DAI no pretendía monopolizarlo, afirmaba en 1912 el arqueólogo alemán Adolfo Michaelis⁹⁵): la respuesta británica al monumental *Vatikankatalog* (catálogo del Vaticano), de W. Amelung, y a las obras de Matz-Duhn *Verzeichnis der verstreuten Bildwerke in Rom* o de H. Schöne, *Katalog des Lateran-Museums*,⁹⁶ fue la preparación de los catálogos de los museos Capitolino (1912), de los Conservadores (1926) y del Anticuario del Celio coordinados por Henry Stuart Jones, el último de los cuales no llegó a materializarse.⁹⁷

Una solución al baldío terreno arqueológico al que se veían condenados los institutos la encontraron l'EFR y la BSR en los territorios coloniales de sus respectivos países, como recurso para formar a los becarios en los aspectos de la arqueología de campo imposibles de madurar en Italia. La jefatura de Thomas Ashby en la segunda resultó fundamental, ya que su inclinación vital hacia la arqueología —y no sólo clásica—, unida a su amplitud de miras, lo llevaron a forjar el proyecto de elegir Malta, la más próxima de las posesiones británicas en el Mediterráneo, como campo de investigación al que dirigir sus esfuerzos, favorecido por el interés del Gobierno de la isla no sólo en profundizar en el conocimiento de sus monumentos —además de patrocinarlo

⁹³ Showerman: *America, o.c.*, p. 77; *The American School of Classical Studies in Rome...*, *o.c.*, pp. 5-6.

⁹⁴ C. Pietri, P. Boutry, F. C. Uginet: La Scuola francese di Roma, en *Speculum Mundi, o.c.*, p. 222; B. Waché, *Monseigneur Louis Duchesne 1814-1922. Historien de l'Église, Directeur de l'École française de Rome*, Roma, 1992, p. 422.

⁹⁵ A. Michaelis: *Un secolo di scoperte archeologiche*, Bari, 1912, p. 87.

⁹⁶ Respectivamente, *Elenco de las esculturas dispersas por Roma* y Catálogo del Museo Laterano. B. Andrae: L'Istituto Archeologico Germanico di Roma, en *Speculum Mundi, o.c.*, p. 168.

⁹⁷ A. Wallace-Hadrill: *The British School...*, *o.c.*, p. 28. Ambos volúmenes son: H. Stuart Jones (coord.): *A Catalogue of the Ancient Sculptures Preserved in the Municipal Collections of Rome: The Sculptures of the Museo Capitolino*, Oxford, 1912, y *The Sculptures of the Palazzo dei Conservatori*, Oxford, 1926.



Fig. 16. Excavaciones en la puerta norte de la necrópolis de Motya, c 1911 (Wallace-Hadrill, 2001).

económicamente—, sino también en legislar la protección de su patrimonio.⁹⁸ Más allá de una simple excavación, Ashby aspiraba a crear un plan de investigación relativo a la prehistoria del conjunto del Mediterráneo occidental, por lo que se interesó en documentar los trabajos del magnate Joseph Whittaker en el asentamiento púnico de Motya (Sicilia) y bajo su coordinación Duncan Mackenzie y el arquitecto F. G. Newton ejecutaron asimismo dos campañas en Cerdeña (1908 y 1909), cuya cultura megalítica («civilización dolménica»), caracterizada por las ‘nuragas’ y las llamadas ‘tumbas de gigantes’, Mackenzie englobó en el contexto general del Mediterráneo, oeste de Europa, Gran Bretaña y Noruega, a la par que ensayaba una descripción de las fases

evolutivas de los monumentos en dolmen⁹⁹ (figs. 16 y 17). Las excavaciones de Malta se prolongaron entre 1908 y 1911, fruto de las cuales nacieron los estudios cerámicos del estudiante de arqueología T. E. Peet, quien examinó el sitio de Bahria, el cual conjeturó corresponder a una colonia de una «raza»



Fig. 17. Excavaciones prehistóricas en Mnajdra (Malta), c. 1911 (Wallace-Hadrill, 2001).

⁹⁸ T. Ashby, R. N. Bradley, T. E. Peet, N. Tagliaferro: Excavations in 1908-11 in various Megalithic buildings in Malta and Gozo, *Papers of the British School at Rome*, VI, 1913, p. 2. Igualmente, entre 1909 y 1911 la BSR intentó llevar a cabo excavaciones en Leptis Magna (Libia), proyecto impedido por el conflicto con Italia de 1911. T. Peter Wiseman: *La Scuola Britannica...*, o.c., p. 95.

⁹⁹ D. Mackenzie: The Dolmens, Tombs of the Giants, and Nuraghi of Sardinia, *Papers of the British School at Rome*, V, 1910, pp. 87-138; *Id.*: Dolmens and Nuraghi of Sardinia, *Papers of the British School at Rome*, VI, 1913, pp. 166-170.

diversa de los habitantes megalíticos,¹⁰⁰ mientras que Ashby elaboró una teoría sobre el uso sacro de los restos megalíticos, que fechó entre el final del Neolítico y el comienzo del Eneolítico, descartando su adscripción a los fenicios. A pesar de que tras el fallecimiento de Ashby la arqueología perdió su papel predominante en la BSR, de esta etapa salieron algunos de los nombres clave de esta disciplina en el siglo pasado, como el de Alan Wace, excavador de Micenas, W. M. Calder, ayudante de Sir William Ramsay en las excavaciones de Asia Menor, y Donald Harden, una autoridad en los estudios fenicios de la década de los 20' y arqueólogo activo en Cartago (Wallace-Hardill, 2001: 28, 29 y 54).

A diferencia de otras academias, inesperadamente l'EFR empezó el siglo XX con sendas actuaciones arqueológicas en la península italiana: fruto de los informes favorables de E. Brizio, director de las Antigüedades de la provincia de Emilia, el Gobierno aprobó en 1906 las labores de Albert Grenier en la necrópolis vilanoviana y etrusca de Bolonia (ss. VIII-IV a.C.), supervisadas por asistentes del museo de la ciudad; al año siguiente sin embargo se le retiró el permiso con vagas excusas, que escondían el temor de la administración italiana a crear el precedente de acordar permisos al resto de instituciones extranjeras.¹⁰¹ Aún en 1907, Corrado Ricci, direttore generale delle Belle Arti, admitió los sondeos de Jérôme Carcopino en el puerto de Claudio, en Ostia. Pero el auténtico laboratorio donde los becarios franceses experimentaron su iniciación arqueológica fueron Argelia y Túnez, donde «L'antiquité baigne (...) dans une lumière plus ardente encore que la lumière italienne, et l'Arabe immobile semble presque un témoin de ces temps antiques»,¹⁰² en palabras de Émile Mâle, director de l'EFR de 1923 a 1937. En su primer año de dirección, la Escuela y el Gobierno General de Argelia pactaron que anualmente dos becarios visitaran durante misiones de larga duración las excavaciones del país, que observarían el trabajo de arqueólogos experimentados como antesala a la dirección de sus propios yacimientos en las colonias africanas, que explorarían regiones aún desconocidas en búsqueda de restos clásicos, aprovechándose de su aprendizaje romano, y que inspeccionarían los museos y redactarían sus catálogos epigráficos y escultóricos;¹⁰³ los resultados de estas investigaciones se publicaban en los *Mélanges* de l'EFR. Muchas de estas exploraciones de la institución en el norte de África, con una larga tradición ya desde la segunda mitad del siglo XIX, continuaron hasta fechas muy cercanas al estallido del segundo conflicto mundial, e incluso después, bajo la Francia ocupada: de los años 1937-1939 son los estudios del sistema defensi-

¹⁰⁰ T. E. Peet: Contributions to the Study of the Prehistoric Period in Malta, *Papers of the British School at Rome*, V, 1910, pp. 162 y 163.

¹⁰¹ A. Grenier: Fouilles de l'École française à Bologne (Mai-Octobre 1906), *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire*, XXVII, fasc. III-IV, junio-septiembre de 1907, p. 327, n. 2. *Id.*, Bologne, villanovienne et étrusque: VIII-IVe siècles avant notre ère, París, 1912.

¹⁰² Conclusión de E. Mâle : *L'Histoire et l'oeuvre de l'École française de Rome*, París, 1931, p. 334.

¹⁰³ *Id.*, p. 334. Una referencia completa de los viajes y excavaciones de los miembros de l'EFR en Argelia, Túnez y Marruecos se puede leer en A. Merlin: L'histoire et l'archéologie de l'Afrique du nord, en *L'Histoire et l'oeuvre...*, o.c., p. 201 y ss.

vo meridional del Imperio que nacieron de las indagaciones arqueológicas de Julien Guey en el fuerte de Bordj Saada y de Gilbert Picard en Dimmidi y Messad; Raymond Bloch excavaba la argelina Tigava Castra en 1939, y en 1941 Paul-Marie Duval en Cherchell y en la isla de Djerba, en Túnez.¹⁰⁴ En la alianza tácita concertada entre la ciencia y el Estado en los territorios africanos cada uno concurría con sus argumentaciones e instrumentos, los cuales afianzaban la base institucional e ideológica de la arqueología de tintes colonialistas: el Service des Monuments Historiques de l'Algérie (1880) y el Service des Antiquités Tunisiennes (1885) aseguraban la gestión de una arqueología fiscalizada, apoyada en las normativas de protección de las antigüedades emitidas en la década siguiente,¹⁰⁵ y el director del organismo argelino incluso se elegía entre los viejos miembros de las escuelas francesas de Roma y Atenas.¹⁰⁶ Intelectuales como éstos respaldaban ideológicamente el imperialismo vigente, al entender la colonización norteafricana como una reocupación de las antiguas provincias romanas, legitimada por la transmisión histórica al continente europeo de la herencia cultural romana y su misión civilizadora.

El caso español parece haber diferido de algunas de las directrices de las escuelas británica y francesa. Uno de los designios contemplados en el Real Decreto fundacional de la EEHAR, en particular el 3.º, rezaba: «Tomar parte en las exploraciones arqueológicas que se verifican en Italia, y hacer excursiones con el mismo objeto a las costas mediterráneas».¹⁰⁷ Que la arqueología debía gozar de una buena salud en la naciente institución sí constituía una meta, y lo avalan las palabras de Josep Pijoan a José Castillejo de ese mismo año, al aludir a la declaración de intenciones científicas de las investigaciones a desarrollar por la Escuela: «Estudios sobre arqueología romana y púnica, fijando la atención también a los trabajos de los prehistoriadores italianos, en el valle del Po, en las Marcas, en el Sud de Italia etc.»,¹⁰⁸ propósitos que por el contrario no encontraron expresión escrita en los *Cuadernos de Trabajo de la EEHAR* de esta fase. La legislación italiana frenaba el primero de los objetivos citados, aunque un confiado Pijoan comentaba en 1911 que Antonio Muñoz, —futuro director de las Antigüedades y Bellas Artes de la Gobernación de Roma y adalid de las transformaciones urbanísticas en la ciudad en la época de Mussolini¹⁰⁹— se había comprometido a tomar un alumno de la Escuela en sus excavaciones de la Via Appia.¹¹⁰ Respecto a la indica-

¹⁰⁴ J. Carcopino: *Souvenirs...*, o.c., p. 35.

¹⁰⁵ È. Gran-Aymerich: *Naissance...*, o.c., p. 127; M. Díaz-Andreu: *A World History of Nineteenth-Century Archaeology. Nationalism, Colonialism, and the Past*, Oxford, 2007a, pp. 268 y 269.

¹⁰⁶ Y. Léauté: *L'École française de Rome 1922-1946*, pp. 38 y 39. Mémoire de Maîtrise d'Histoire sous la direction de Jean-Marc Delauny, septembre 1990 (EFR, Mss. 52). Agradezco a M. Yannick Nexon, director de la biblioteca de l'EFR, el haberme permitido consultar este escrito.

¹⁰⁷ D. Castillejo: *Los intelectuales reformadores...*, o.c., p. 101; Espadas Burgos, o.c., p. 143.

¹⁰⁸ *Id.*, p. 52; Castillejo, o.c., p. 45.

¹⁰⁹ Sobre Muñoz, C. Bellanca: Antonio Maria Colini, Antonio Muñoz e il governatorato, *Rendiconti della Pontificia Accademia Romana di Archeologia*, LXX (anno accademico 1997-1998), 2000, pp. 27-34.

¹¹⁰ Espadas Burgos, o.c., p. 145.

ción de la exploración de las costas mediterráneas, la institución no apuntaba a reproducir un modelo de «arqueología colonial» equiparable a los esfuerzos emprendidos por l'EFR en Argelia y Túnez, por ejemplo en el Marruecos anterior al protectorado (1912); la JAE disponía de sus propios becarios, arabistas del CEH, dedicados en especial al estudio de la historia medieval marroquí, y una amalgama de asociaciones sustentadoras del africanismo hispano en sus variantes comercial, político, social, etc. llevaron a cabo también indagaciones históricas, pero que en todo caso se alejaban del ámbito de la arqueología clásica.¹¹¹ El modelo propuesto para la EEHAR y defendido por Pijoan, a mi modo de ver, corresponde al que ya se ponía en práctica en la arraigada Academia Española de Bellas Artes, cuyos arquitectos, desde su base romana, viajaban a Grecia, Egipto o Tierra Santa, visitando yacimientos y museos, así como levantando planos de los principales monumentos.¹¹² De hecho la representación de los vestigios del pasado grecorromano, unidos a su reconstrucción ideal —lo que José Ramón Mélida definía la dimensión arqueológica de la arquitectura¹¹³— todavía constituía una parte fundamental del aprendizaje académico de los arquitectos europeos que viajaban a Italia, combinado con el desplazamiento a Grecia y los países orientales «notables en la historia de Arte antiguo», periplos de estudio aún contemplado en las normativas de los pensionados españoles bien entrado el siglo xx.¹¹⁴ Precisamente la carencia de centros nacionales de naturaleza arqueológica en el extranjero llevó a Mélida a promover en 1922 —aunque infructuosamente— que artistas y arqueólogos españoles gozaran de la posibilidad de trabajar en la Escuela francesa de Atenas y que así recorrieran el país heleno junto a sus colegas franceses, bajo los auspicios de sendos gobiernos,¹¹⁵ y en 1928 a preconizar específicamente una Academia de Arqueología en Roma y Atenas,

¹¹¹ Véase M. Marín: Los arabistas españoles y Marruecos: de Lafuente Alcántara a Millás Vallicrosa; y J. Nogué y J. L. Villanova: Las sociedades geográficas y otras asociaciones en la acción colonial española en Marruecos, en *España en Marruecos (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territorial*, Lérida, 1999, respectivamente p. 80 y p. 185 y ss.

¹¹² J. García: Arquitectos españoles del siglo XIX en Grecia y Egipto, *Academia*, 98 y 99, 2004a, p. 53 y ss.

¹¹³ Definición que acuñaba por la multidisciplinaridad de los conocimientos de los que hacían gala los arquitectos en estos trabajos, no tan sólo ligados a los instrumentos de su profesión, sino también a la metodología de la arqueología y a los rudimentos del buen hacer histórico. J. R. Mélida: La Exposición Nacional de Bellas Artes. Artículo Tercero. Arquitectura y Arte decorativa, *La Ilustración Española y Americana*, XXII, 15-6-1899, p. 371.

¹¹⁴ Consúltese sobre este aspecto de los viajes en los reglamentos de 1913 (art. 55) y 1930 (art. 54) en ARAER. Comunicaciones oficiales 1933-1944. Serie III, caja 90, exp. 62 (1933), n.º 127.

¹¹⁵ «Inútil parece encarecer las ventajas que representarían para los pensionados españoles, tanto los artistas a quienes la contemplación de los monumentos del Oriente podría servir de complemento a las enseñanzas de nuestra Academia de Roma, como los arqueólogos, que hallarían abundantísimas fuentes de conocimiento en las augustas ruinas y los selectos Museos de la Grecia». J. R. Mélida: Informe sobre admisión de pensionados especiales en la Escuela Francesa de Atenas, *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 63, 1922, pp. 147-149. También, D. Casado Rigalt: José Ramón Mélida, un arqueólogo entre dos estilos, *Gerión*, 24, 1, 2006, p. 379.



Fig. 18. Teodoro Anasagasti, *Vía de los Sepulcros*, c. 1915. Madrid, colección privada.

apadrinada por la JAE.¹¹⁶ Independientemente a esto, en las décadas iniciales del siglo pasado, y ante una EEHAR consagrada a los análisis documentales y poco después abandonada a la deriva, los arquitectos de la Academia Española de Bellas Artes representaron nuestra arqueología en Italia y fuera de ella, al ejecutar importantes proyectos no sólo en la capital sino en toda el área mediterránea, siguiendo una tradición de cuño ilustrado, todavía con reminiscencias de un saber anticuario, pero con una diáfana vocación de cientificismo y modernidad: hablamos de profundos reconocimientos como los de Fernando García Mercadal en el sur de Italia y Sicilia en su búsqueda de los restos de la civilización

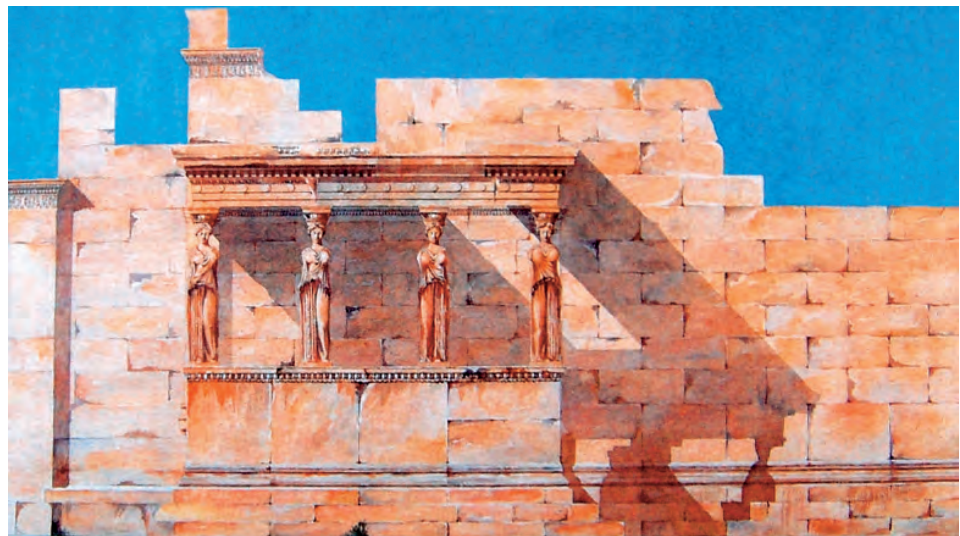


Fig. 19. Emilio Moya Lledó, *Erechtheion*, c. 1921. Madrid, colección Luis Moya González.

griega, o de su restitución de la casa del Fauno de Pompeya en 1924;¹¹⁷ de los envíos académicos anuales de Teodoro Anasagasti, en los que revivía gráfica-

¹¹⁶ AMAAEE. Archivo Renovado (Cultura). R. 1.252, exp. 71. *Instituto Español de Arqueología en Atenas*. Informe firmado por José Ramón Mélida el 24 de marzo de 1928. Ver Bellón, en este capítulo.

¹¹⁷ Un panorama general de sus trabajos se puede consultar en ARAER. Comunicaciones oficiales 1921-1936. Serie III, caja 89, exp. 53 (1924), n.º 25, y su expediente personal en ARAER. Archivo de becarios 5 N.º 04.58. Fernando García Mercadal (1923-1929). Igualmente: *Exposición Antológica de la Academia Española de Bellas Artes de Roma (1873-1979)*, Madrid, 1979, p. 31; D. Rodríguez: Fernando García Mercadal. La arquitectura y el mar, en *Roma y la tradición de lo nuevo. Diez artistas en el Gianicolo (1923-1927)*, Madrid, 2003, pp. 132-139.

mente la imagen antigua de los templos de la Fortuna y de Mater Matuta de Roma,¹¹⁸ o de los proyectos de Adolfo Blanco (su restauración del puerto imperial de Anzio o sus planos de termas romanas), fruto de sus investigaciones acerca de la arquitectura romana (figs. 18 y 19). El Teatro de Marcelo, la Villa de Adriano, las Termas de Caracalla, así como los atenienses Erecteion, el templo de Atenea Nike o los Propileos se repiten en los planos de los arquitectos europeos y americanos de finales del siglo XIX y comienzos de la centuria siguiente,¹¹⁹ pero fueron los británicos de la BSR quienes, alentados por Ashby, se implicaron en mayor medida con sus compañeros arqueólogos a la hora de desarrollar estudios que conjugaran ambas disciplinas: muestra de ello son la colaboración de F. G. Newton con el propio Ashby en sus campañas en Malta y Cerdeña, y de Harold Chalton Bradshaw (fig. 20) con la estudiante de arqueología Mary Taylor, respectivamente autores de la reconstrucción del templo de Falerii y del análisis de las terracotas arquitectónicas que lo decoraban, conservadas en el Museo de Villa Giulia.¹²⁰ Los arquitectos pensionados de la Academia gianicolense carecieron de interlocuto-

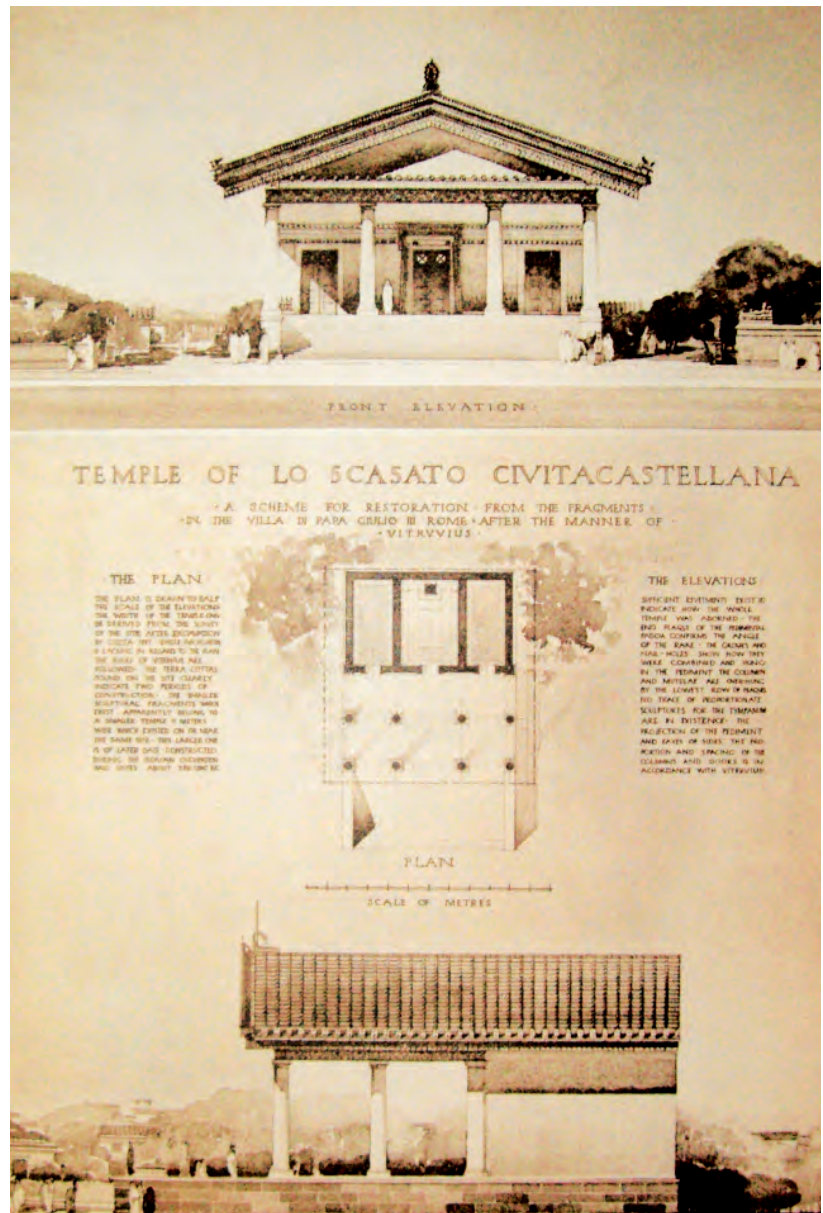


Fig. 20. Harold Chalton Bradshaw, *Temple of lo scasato Civitacastellana*. Papers of the British School at Rome, VIII, 1916, lám. I.

¹¹⁸ I. M.^a De Cerezeda: La Exposición Nacional de Bellas Artes, *La Construcción Moderna*, 13, 1912, p. 189. Sobre Anasagasti, C. Saguar Quer: Teodoro Anasagasti: poemas arquitectónicos, *Goya*, 274, 2000, pp. 49-58.

¹¹⁹ Una muestra de los trabajos arquitectónicos sobre monumentos de la Antigüedad que realizaron los arquitectos americanos se encuentra en *Catalogue of the first annual exhibition of the American Academy in Rome, open December 14 to 20, inclusive. American Fine Art galleries 215 west 57th street*, New York, 1896, pp. 21-41.

¹²⁰ M. Taylor y H. C. Bradshaw: Architectural Terra-cottas from Two Temples at Falerii Veteres, *Papers of the British School at Rome*, VIII, 1916, pp. 1-34. El arquitecto Gordon Leith incluso tomó parte en las excavaciones de Giacomo Boni entre 1910 y 1913, quien le autorizó a efectuar la reconstrucción gráfica del palacio de Domiciano. Wallace-Hadril, *o.c.*, p. 36.

res arqueólogos entre sus compatriotas,¹²¹ pero algunos de sus proyectos alcanzaron un alto nivel científico y culminaron investigaciones impensables para la arqueología anterior a la Guerra Civil de nuestro país, sobre todo por dónde tuvieron lugar. Me refiero en especial a la labor ciclópea abordada por José Ignacio Hervada de recuperar la urbanística de la antigua ciudad de Delos, «la Pompeya Griega», tanto sobre el papel como a través de una maqueta reconstructiva del conjunto, labor en la que empleó casi dos años (octubre de 1935-julio de 1937).¹²²

Entre 1870 y 1945, las claves de la política arqueológica y cultural italiana vinieron dictadas por la evolución histórica de un país en plena efervescencia nacionalista, involucrado en los procesos colonialistas contemporáneos, y atrapado en la dialéctica ideológica que sacudió el mundo en el periodo de entreguerras. La edificación de la ciencia arqueológica italiana debía ser autosuficiente si aspiraba a releer el pasado próspero de un Estado de dominadores, orientando dicha lectura hacia la cimentación de una prosperidad futura. Por eso la concesión de las excavaciones americanas de Minturnae (1931-1932) no significaron un completo cambio en la política seguida por la Direzione Generale delle Antichità e Belle Arti, según anunciaba el conde David Costantini,¹²³ sino un impulso de la Associazione Internazionale degli Studi Mediterranei —presidida por aquél—, organización de claro signo colonialista alentada por el propio Gobierno de Mussolini a través de la persona del director general Roberto Paribeni, y cofinanciadora de las campañas en Minturnae. En sus objetivos (en los que no está de más apuntar la captación y gestión de subsidios económicos de proveniencia privada a fin de financiar excavaciones, que la administración fascista no podía aceptar suscribir en primera persona) se enunciaba el promover y difundir el conocimiento acerca de las civilizaciones que florecieron en la cuenca mediterránea, apelando a una cooperación internacional, a una comunión de intereses en excavar en los países mediterráneos, siempre bajo la inspiración de la Roma eterna.¹²⁴ En la práctica, la apuesta por conceder a los americanos Minturnae (y ni siquiera a la AAR, sino a la University Museum of Philadelphia, Pennsylvania) no apartó a los institutos europeos de su aislamiento arqueológico, vigorizado en periodos de conflictividad política con el Estado fascista, como sucedió durante la invasión de Etiopía, bien que excepciones se encuentran, puesto que Einar Gjerstad, del instituto sueco, excavó en el foro republicano y en la muralla prenestrina en 1939 y 1940.¹²⁵

Frente a la estéril perspectiva de organizar empresas arqueológicas en suelo italiano, las escuelas únicamente contaron con la baza de negociar

¹²¹ Si bien en la década de los 20' se elevaron informes al Gobierno español a favor de conceder asimismo pensiones de arqueología en la Academia de Roma.

¹²² Ver J. García, J. P. Bellón e I. Fumadó en este capítulo.

¹²³ Prefacio a J. Johnson: *Excavations at Minturnae. Vol. II. Inscriptions. Part I. Republican Magistri with an appendix of classical references to the site*, Roma, 1933, p. IX.

¹²⁴ D. Costantini: *Sulla costituzione di una Associazione Romana degli Studi Mediterranei*, París, 1929, pp. 17 y 22, artic. II.

¹²⁵ M. Callmer: *The published Writings of Einar Gjerstad, Opuscula Romana*, 4, 1962, pp. 243-248.

determinadas ventajas en el marco de intercambios culturales con Roma: así, en el transcurso del 2.º *Milenario del nacimiento de Augusto*, celebrado en 1938, Jérôme Carcopino reclamaba ante el Ministero dell'Educazione Nazionale el derecho a realizar excavaciones en Italia con un control de los fondos y de la publicación de los hallazgos, y al año siguiente el embajador francés François Poncet repitió los mismos requisitos como condición indispensable para llegar a un compromiso en el asunto de la reconstrucción del Ara Pacis, para lo cual la Administración italiana necesitaba los



Fig. 21. *Ajuste del Ara Pacis Augustae*, 1938 (Attilio Wanderlingh y Ursula Salwa, *Storia fotografica di Roma 1930-1936*, 2003).

relieves conservados en el Louvre y en la Villa Medici¹²⁶ (fig. 21). Estas negociaciones no surtieron efecto, y el estallido de un segundo conflicto mundial, amén de su desenlace, redimensionaron el panorama de la arqueología en Italia y condujeron a la creación de nuevas bases de cooperación en el ámbito de la investigación humanística en sus ciudades, y en particular en la capital. Con la fundación de la *Unione Internazionale degli Istituti di Archeologia, Storia e Storia dell'Arte* in Roma en 1946, se dio luz verde a los proyectos de arqueología coordinados por los institutos foráneos. El año de 1946 vio ya los primeros sondeos arqueológicos en los que confluyeron la buena voluntad de la *Soprintendenza dei Monumenti e le Gallerie dell'Umbria* con un ensayo de concurso internacional: los directores de la BSR y del Instituto Sueco de Estudios Clásicos (John Bryan Ward-Perkins y Erik Sjöqvist) dirigieron a un arquitecto británico y a tres miembros de la institución sueca durante las excavaciones de pequeña entidad en la iglesia de San Salvatore de Spoleto, cuyo objeto residía en observar algunos aspectos de las estructuras anteriores al siglo IX.¹²⁷ El propio Ward-Perkins continuó los estudios de Ashby en la campiña romana, ayudándose de la colección de fotografías aéreas tomadas por la RAF en el transcurso de la guerra, ahora depositadas en la BSR, y excavó en Libia aprovechándose de la experiencia de los arqueólogos italianos, extendiendo sus actividades a Leptis Magna, el viejo sueño de Ashby.¹²⁸ Franceses y americanos pronto se sumaron al estímulo arqueológico que vivía la Italia liberada por los aliados, aquellos en Bolsena (Etruria, 1946) y Megara Iblea (Sicilia, 1949), mientras que los segundos lo hicieron en

¹²⁶ J. Carcopino: *Souvenirs...*, o.c., p. 29 ; Y. Léauté: *L'École française...*, o.c., p. 38.

¹²⁷ J. B. Ward-Perkins: The church of San Salvatore at Spoleto: some structural notes, *Papers of the British School at Rome*, vol. XVII, 1949, p. 72.

¹²⁸ J. Reynolds, M. Pallotino: John Bryan Ward-Perkins 1912-1981, *Papers of the British School at Rome*, vol. XLVIII, 1980, pp. XIV y XV.

Cosa (1948), con Frank E. Brown a la cabeza de su Academia.¹²⁹ En 1949 la Academia de Bélgica se reservó el yacimiento de Alba Fucens (Abruzzi); la EEHAR, sumida durante tiempos en problemas de identidad científica, y en proceso de reorganización, no encontró un espacio privativo de actuación en la arqueología italiana hasta las excavaciones conducidas por Almagro Basch en la prehistórica Grotta dei Pipistrelli (Liguria, 1954-1956) y a partir de 1956 en el santuario de Juno de Gabii.¹³⁰

¹²⁹ J. R. Millon: L'Accademia Americana a Roma, *Americana*, 16, septiembre-octubre de 1975, pp. 32-33. Consúltese F. E. Brown: *Cosa. The making of a Roman town*, Michigan, 1980.

¹³⁰ M. Almagro Basch, E. Ripoll, A. M. Muñoz: Excavaciones en la Caverna dei Pipistrelli (Finale Ligure, Italia), *CTEEHAR*, IX, 1957, pp. 169-222. Almagro Basch: *El santuario de Juno en Gabii. Excavaciones 1956-1969*, Madrid, 1982. Véanse los diversos artículos dedicados al yacimiento en los *CTEEHAR*, X (1958) y XII (1969).